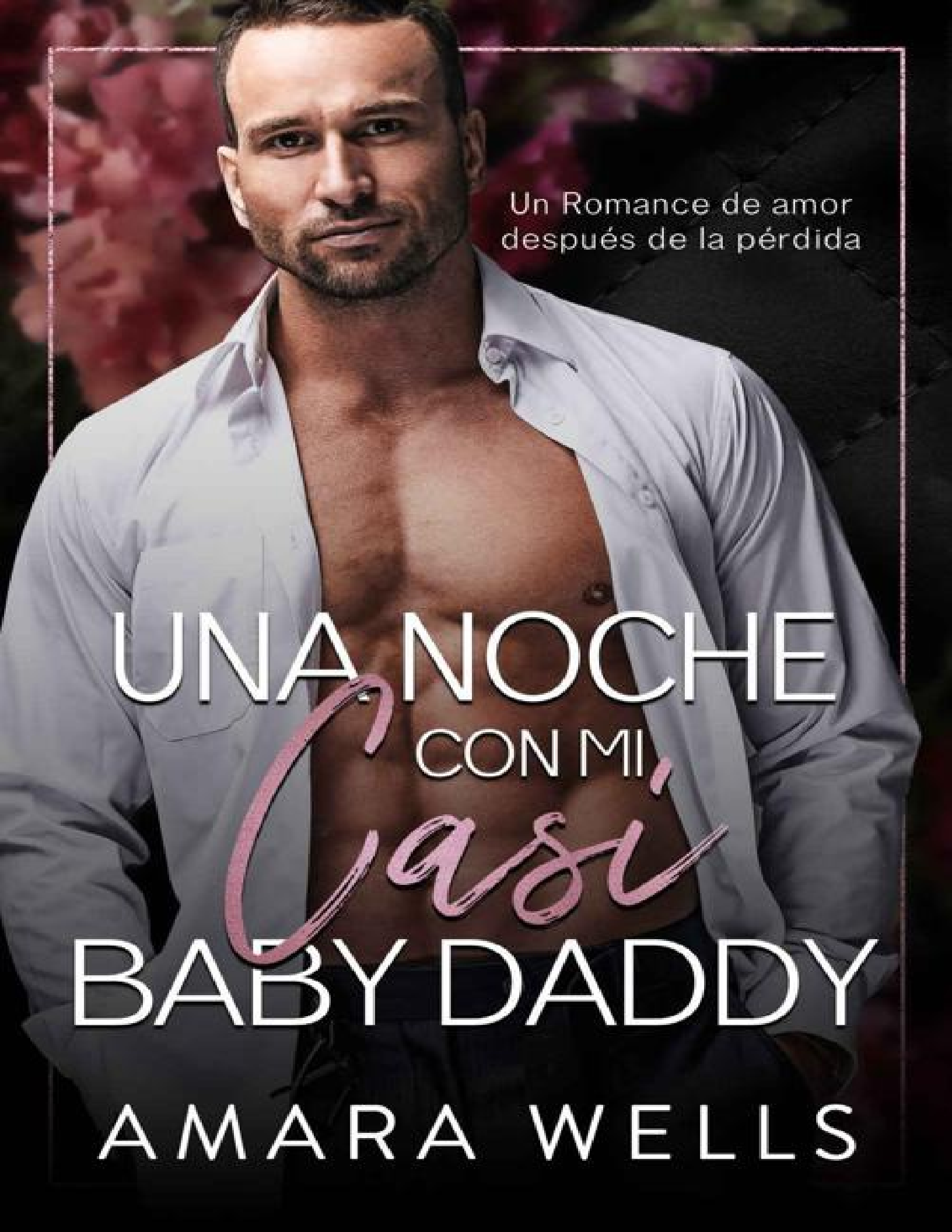

Un Romance de amor
después de la pérdida
UNA NOCHE
CON MI
casi
BABY DADDY
AMARA WELLS

Una Noche Con Mi Casi Baby Daddy

Un romance de amor después de la pérdida

Amara Wells

Derechos de autor



Copyright © 2024 por Amara Wells
Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el permiso por escrito del editor o del autor, salvo en los casos permitidos por la legislación estadounidense sobre derechos de autor.
La historia, todos los nombres, personajes e incidentes representados en esta producción son ficticios. No se pretende ni debe inferirse ninguna identificación con personas reales (vivas o fallecidas), lugares, edificios y productos.
Diseño de portada de Paper or Pixels

Contents

Nota del autor

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Epílogo

Sobre Amara Wells

Nota del autor



Este libro ha sido traducido automáticamente del inglés. El autor pide disculpas por cualquier error. Por favor, envíame un correo electrónico a amara@amarawells.com con las correcciones. Muchas gracias.

Capítulo 1



DAMIEN

El calor tropical me golpea como un muro físico en cuanto salgo del coche de alquiler con aire acondicionado. Mi traje se empapa de sudor al instante, pegándose a mi piel. Maldigo en voz baja, arrepintiéndome ya de llevar algo tan condenadamente formal. Tiro las llaves al aparcacoches, demasiado alegre, cojo la bolsa del maletero y me dirijo hacia el complejo, con la mandíbula apretada.

"Bienvenido", me dice el aparcacoches. Respondo con un gruñido, sin ganas de sonrisas falsas ni charlas triviales. Estoy aquí por una razón: la boda de mi sobrina Olivia. Cuanto antes supere esta obligación familiar, antes podré marcharme.

Entro a grandes zancadas en el lujoso vestíbulo del complejo y me detengo a contemplar los altos techos y la elegante decoración tropical. El lugar apesta a dinero. Al menos Olivia tiene buen gusto, aunque su gusto en hombres sea una mierda. Su prometido Evan siempre me ha caído mal, pero ella adora a ese idiota, así que sonrío y me hago el tío feliz.

Una señora alegre con una camisa de flores se acerca a mí con una sonrisa tan grande que me duele. "¡Bienvenida! ¿Has venido a la boda Gallagher-Weston?".

Asiento secamente. "Damien Gallagher. Debería tener una reserva".

Su sonrisa se desvanece y algo parpadea en sus ojos. ¿Lástima? ¿Preocupación? Antes de que pueda averiguarlo, aparece una mujer vestida con un traje elegante y le hace señas a Perky para que se vaya.

"¿Sr. Gallagher? Soy Marissa, la coordinadora de la boda. Por favor, ven conmigo. Tenemos una... situación".

Un mal presentimiento me recorre la espalda mientras la sigo hasta un rincón tranquilo. "¿Qué tipo de situación?"

Marissa respira hondo, su máscara profesional se resbala. "Lo siento mucho, pero la boda se ha cancelado. Tu sobrina Olivia... pilló anoche a su prometido con su hermana".

El mundo se inclina. La miro fijamente, seguro de haber oído mal. "¿Perdona?"

"Es terrible, lo sé. Olivia está destrozada y..."

Levanto una mano para interrumpirla. "¿Dónde está?

"En su habitación. Ahora mismo no ve a nadie, ni siquiera a su familia. Tu cuñada está intentando manejar las cosas...".

Me pellizco el puente de la nariz, me duele la cabeza. Por eso odio las reuniones familiares. El drama, el caos, las crisis... todo es un maldito desastre.

"Claro", digo, con la mente desbocada por la pesadilla logística de una boda cancelada. "¿Y los invitados? ¿El lugar de celebración? ¿Los depósitos?"

Mientras Marissa explica lo de las reservas y los gastos de reprogramación, yo sólo escucho a medias. Le di a Olivia un cheque considerable como regalo de boda para ayudarla a pagarlo todo, pero el dinero perdido no me molesta realmente. Diablos, habría pagado el doble para evitar que Olivia se casara con esa serpiente. Pero una gran parte de mí ya está planeando mi huida. Esta noche podría estar en un avión de vuelta a casa, a mi vida y mi trabajo predecibles.

Entonces pienso en Olivia, encerrada en su habitación, con el corazón destrozado. Y por mucho que odie admitirlo, no soy totalmente insensible. Debería ver cómo están su madre y mi hermano.

"...así que puedes quedarte todo el viaje, Sr. Gallagher", dice Marissa. "Vamos a aplicar la tarifa de grupo a todos los invitados de la boda".

"Bien", me oigo decir. "Me quedo. De momento".

Marissa parece aliviada. "Estupendo. Vamos a registrarte y te acompaño a tu habitación".

Mientras caminamos por el complejo, no puedo evitar la sensación surrealista, como si hubiera caído en un extraño universo paralelo. Mire donde mire, veo fragmentos de la boda cancelada: flores que se caen, carteles que se retiran, susurros del personal. El aire parece pesado, cargado de decepción y sueños rotos.

Mi habitación es un bienvenido escape de la locura. Es enorme y lujosa, con un balcón que da a la playa. Si las cosas fueran diferentes, quizá me gustaría estar aquí.

"Si necesitas cualquier cosa, sólo tienes que pedirla", dice Marissa, entregándome mi tarjeta-llave. "¿Y el Sr. Gallagher? Siento mucho lo de tu sobrina".

Asiento con la cabeza, sin confiar en poder responder sin arrancarle la cabeza de un mordisco. Al fin y al cabo, no es culpa suya. Cuando se marcha, me aflojo la corbata y salgo al balcón,

dejando que la brisa marina me seque el sudor de la piel.

Dios, qué desastre. Pienso en Olivia, en mi hermano, en su mujer, en ese imbécil de Evan y en su épico nivel de idiotez. Una parte de mí quiere cazar a Evan y hacerle entrar en razón. Pero ése no es mi estilo. Soy un tipo de números y negociaciones, no un tipo de ir a la cara.

El sol está precioso mientras se pone sobre el agua, pero estoy demasiado fastidiada para disfrutarlo. Pediré algo al servicio de habitaciones y me acostaré temprano. Quizá las cosas tengan mejor aspecto por la mañana. Quizá los cerdos también vuelen.

Capítulo 2



AMANDA

El avión aterriza y recojo mis maletas, con una sensación de pavor acumulándose en mi estómago y no sé por qué. Normalmente, mi intuición no se equivoca y esto significa que algo malo está a punto de ocurrir. Mientras saco la maleta al húmedo aire tropical, veo que me espera un mensaje de voz. Joder, ahí está. Esto no puede ser bueno.

Escucho el mensaje, la voz de Charlotte tiembla al soltar la bomba. "Amanda, soy Charlotte. Tengo una noticia terrible. La boda... no se va a celebrar. Evan... engañó a Olivia. Con Alexis. ¡Su propia hermana! Olivia está destrozada y no quiere salir de su habitación. No sé qué hacer. Pensé que debías saberlo por si aún no te habías subido al avión".

Las palabras me golpean como un tren de mercancías. Charlotte es la madre de mi mejor amiga, y yo estoy aquí para ser la dama de honor de Olivia. Bueno, se suponía que iba a serlo. La noticia cala hondo, el aire húmedo me oprime como un peso físico.

Apenas me fijo en las palmeras que se mecen o en las risas lejanas de otros turistas mientras espero mi taxi, demasiado conmocionada para asimilar el paraíso tropical que me rodea. ¿Cómo ha podido Evan hacer esto? Y Alexis... esa zorra traicionera. La rabia hierve a fuego lento bajo mi piel, pero se ve superada por el dolor que siento en el corazón por Olivia. No puedo ni imaginar el dolor por el que está pasando ahora mismo.

Las vistas de la costa pasan borrosamente durante el trayecto en taxi, mientras mi mente da vueltas a preguntas sin respuesta. ¿Qué clase de puto enfermo engaña a su prometida con su propia hermana el día antes de la boda? Quiero cazar a Evan y partirle la cara, pero Olivia me necesita más.

En el complejo, Marissa, la coordinadora de bodas, me saluda con una sonrisa tensa y los ojos llenos de compasión. "Señorita Taylor, bienvenida. Confío en que se haya enterado de la noticia.

Lo siento mucho. Por favor, dígame si puedo hacer algo para que su estancia sea más cómoda en estas circunstancias."

Asiento con la cabeza, tragando saliva. "Gracias, Marissa. Creo que necesito algo de tiempo para procesarlo todo".

En mi habitación, salgo al balcón y contemplo el infinito mar turquesa. El sol se pierde en el horizonte, tiñendo el cielo del mismo morado intenso que los moratones que imagino en el corazón de Olivia. Le envío un mensaje de texto transmitiéndole mi amor y mi apoyo, pero el silencio de la respuesta sólo hace que me preocupe más.

Esa noche, dormir es un recuerdo lejano. Doy vueltas en la cama durante horas, con la mente convertida en un tornado de ira y preocupación. ¿Cómo se recuperará Olivia de una traición como ésta?



A la mañana siguiente, tras otro mensaje ignorado, deambulo aturdida, sintiéndome como si me hubieran raspado de dentro a fuera. El vestido cobalto que me traje para la recepción cuelga del armario, burlándose de mí, y me siento impotente.

Pero entonces, una chispa de rebeldía se enciende en mi interior. A la mierda. Me niego a que Evan arruine también mis vacaciones. Me pongo el vestido, peino a la perfección mis rizos castaños y me maquillo los ojos ahumados. Cuando pavoneo mi culo de soltera hasta el bar del hotel, me veo y me siento sexy. Olivia querría que aprovechara al máximo este viaje para que no malgastara el dinero.

Sorbo mi cóctel afrutado, sintiendo las miradas de ojos desconocidos que recorren mis curvas en el ceñido vestido. Me recorre una emoción que despierta una parte de mí que ha estado dormida demasiado tiempo. Porque a pesar de todo lo que ha pasado, sigo siendo joven. Sigo viva. Y tal vez un rato divertido con un apuesto desconocido me ayude a sentirme mejor. Probablemente no me haga daño.

La noche se extiende ante mí, llena de potencial, y siento un destello de excitación. Estoy libre de obligaciones y expectativas. ¿Quién sabe lo que puede pasar? Seguro que voy a averiguarlo.

Capítulo 3



DAMIEN

Cuando me despierto la mañana de la boda que ahora no se celebra, tengo que admitir que este lugar es el paraíso. Olivia eligió un lugar maravilloso para casarse. Me tomo el desayuno en el balcón y decido echar un vistazo a lo que ofrece el complejo. Tal vez me ayude a dejar de querer aporrear a Evan. Lo dudo. Ese gilipollas necesita que alguien le dé una lección, pero no seré yo. Con suerte, el karma vendrá a por él algún día, ya que no pienso ir a la cárcel por su culpa. Si sabe lo que hace, se habrá largado del complejo en cuanto le hayan pillado haciendo trampas.

Lo primero que hago es ir al gimnasio y descargar toda mi frustración contenida en la cinta y las pesas. El sudor me corre a chorros y los músculos me chirrían, pero joder, qué bien sienta esforzarse así. Después, suelta y relajada por primera vez en meses, me dirijo al spa para que me den un masaje. La masajista hace magia con mis músculos tensos y me olvido por un momento de todo el trabajo que me espera en casa.

Por impulso, me apunto a una excursión de snorkel por la tarde. ¿Cuándo fue la última vez que hice algo porque sí? Pero flotando en aquella agua azul y cristalina, con peces tropicales revoloteando a mi alrededor, me siento... en paz. La agitación constante de pensamientos en mi cabeza se calma. El sol me calienta la espalda y las olas me acarician suavemente la piel. Quizá este viaje no sea un completo desastre después de todo.

Cuando el sol empieza a ocultarse, me quito la sal y me pongo unos pantalones de lino y una camisa blanca con las mangas remangadas. No es mi look habitual, pero en Roma se está.

Cuando entro, el bar del complejo bulle de charla y tintineo de vasos. Pido un whisky solo y observo el lugar desde un rincón. Las viejas costumbres no mueren: infórmate siempre del terreno antes de moverte.

Es entonces cuando la veo.

Está sentada en un taburete de bar, enfundada en un vestido azul ceñido a cada curva que hace la boca agua. El pelo castaño le cae por la espalda en suaves ondas. Suena su risa, cálida y tentadora, y algo se aprieta en mi pecho.

No sé quién es esta mujer ni cuál es su historia. Pero en ese momento, me importa un bledo. Tengo que hablar con ella.

Me acerco, acelerando el pulso. Me mira a los ojos y una sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios. Me recorre una corriente eléctrica, una sensación que no había sentido en mucho tiempo, joder.

"¿Este asiento está ocupado?" Levanto la barbilla hacia el taburete vacío que está a su lado, manteniendo la voz firme aunque mis nervios salten y se crispen.

Ella sacude la cabeza, la sonrisa se ensancha. "Ahora sí".

Me deslizo sobre el taburete y le hago una señal al camarero para que pida otra ronda. "Damien", le digo, tendiéndole la mano.

Su agarre es fuerte y seguro en el mío. "Amanda", responde, con los ojos brillantes. "Encantada de conocerte, Damien".

Nuestras copas aparecen delante de nosotros. Cuando levanto mi copa para chocarla con la suya, siento que me aprietan los pantalones porque mi cuerpo reacciona como si tuviera treinta años menos. De cerca, me doy cuenta de que probablemente tenga unos treinta. Me detengo un momento y me pregunto si es demasiado joven para mis cuarenta y nueve años. No es que piense casarme con ella.

Sí, este viaje se ha vuelto muchísimo más interesante.

Capítulo 4



AMANDA

Después de beber, damos un paseo por la playa. La luna resplandece en el rostro cincelado de Damien, haciendo que las sombras bailen sobre sus rasgos afilados. Doy gracias por llevar sandalias, porque no esperaba caminar por la arena. Hay un zumbido eléctrico entre nosotros que me hace sentir temeraria. Apenas conozco a este hombre misterioso, pero me siento atraída hacia él como un imán, atraída por su campo de fuerza.

Para romper el silencio cargado, digo: "Entonces, Damien, dime algo que no sabría por tu tarjeta de visita".

Su risa profunda me hace estremecer de una forma deliciosa. "¿Crees que tengo una tarjeta de visita?" Sus ojos brillan con humor.

Le devuelvo la sonrisa. "Sí. Gritas a los cuatro vientos 'director general importante', pavoneándote con confianza, bebiendo whisky caro en un viaje a la playa...".

"Pillado", admite, sonando impresionado. "Me dedico al capital riesgo. Pero no es una gran charla de paseo a la luz de la luna, ¿eh?".

"No sé", bromeo, disfrutando de nuestro ambiente coqueto. "Las adquisiciones hostiles y los mercados alcistas me van mucho".

Mi sarcasmo parece encantarle. Me pregunto qué hace falta para asombrar de verdad a un hombre como él.

"Vale, algo que no esté en mi tarjeta", piensa en voz alta, arrugando el ceño. "Puedo cocinar una paella de puta madre".

Esto sí que me sorprende. "No puede ser. ¿Tú cocinas?"

"Soy un hombre de muchos talentos". Su voz gotea insinuaciones que me estremecen hasta la médula.

Suelto una risita, imaginándomelo con delantal; es una idea deliciosa. "Te imaginaba más como un tipo de chef personal".

Sonríe lobunamente de un modo que me hace galopar el corazón. "No, con algunas cosas es mejor ser más práctico".

Seguro que es muy bueno con las manos. Seguimos caminando y, cada vez que nos rozamos, siento un zumbido como una descarga eléctrica. Audaz como el bronce, Damián me agarra la mano con firmeza. Intrigada por su confianza, le miro mientras nuestros dedos se entrelazan. No es el tipo de hombre que me suele gustar: probablemente tenga entre cuarenta y tantos años, bastante más que yo, que tengo veintiocho, pero para una aventura de vacaciones es perfecto.

"Tu turno", retumba. "Cuéntame algo sobre ti".

Dudo. ¿Cuánto comparto con este cautivador desconocido? Algo en Damien me hace querer abrirme, revelar partes de mí que mantengo ocultas. Siento que podría contarle cualquier cosa y él me escucharía. ¿Es así como sería salir con un hombre mayor?

"Trabajo para una organización sin ánimo de lucro", digo finalmente. "Ayudamos a familias con dificultades a salir adelante".

La admiración relampaguea en sus ojos, y luego se suavizan de un modo que me pilla desprevenida. "Suena increíblemente satisfactorio", dice, totalmente sincero.

"Lo es", asiento, la pasión por mi trabajo me invade. "Pero también emocionalmente agotador. De ahí las escapadas a la playa y los desconocidos sexys", añado con un guiño, aligerando el ambiente.

Llegamos a un tramo aislado de arena y las luces del complejo se desvanecen tras nosotros. La oscuridad crea una intimidad que parece un mundo aparte de la vida real. Damián se detiene y me mira, aún sosteniéndome la mano, con el pulgar acariciándome la piel.

"¿Has encontrado lo que buscabas en este viaje?". Su voz es ronca con un deseo que me enciende por dentro.

Le miro fijamente, con el corazón golpeándome contra las costillas, a punto de estallar. Su mirada es tan intensa que casi duele, pero estoy hipnotizada y no puedo apartar la vista. Oh, sí, es suave, pero estoy aquí para eso.

"Creo que sí", susurro, con la voz temblorosa de anhelo. En ese instante, estoy dispuesta a zambullirme en lo desconocido, siempre que eso signifique estar entre sus brazos.

Capítulo 5



DAMIEN

El aire entre nosotras prácticamente chisporrotea, la tensión sexual que se ha ido acumulando desde que nos sentamos en el bar está a punto de estallar. Los ojos de Amanda brillan a la luz de la luna, sus labios exuberantes ligeramente entreabiertos. Mechones de pelo castaño azotan su rostro con la brisa marina. Parece pura tentación.

Joder, no puedo contenerme más. La atraigo hacia mí, con la mano extendida en la parte baja de su espalda. Emite un jadeo sexy y adorable y yo me trago el sonido, reclamando su boca en un beso abrasador.

No hay nada suave en la forma en que chocan nuestros labios y nuestras lenguas. La beso como si me muriera de hambre, como si fuera a morir si no saboreo cada centímetro de su boca. Ella da tanto como recibe, sus dedos se clavan en mis hombros mientras presiona sus suaves curvas contra mi duro cuerpo.

El resto del mundo desaparece. Sólo está su olor, su piel, su pelo rozándome la cara, el sonido de las olas rompiendo en la orilla. Su sabor inunda mis sentidos: dulce y tropical. Mi mente se queda felizmente en blanco, todo mi ser se concentra en sentirla.

Cuando por fin salimos a tomar aire, ambos estamos jadeando con fuerza. Amanda tiene las mejillas sonrojadas, los ojos aturdidos por una lujuria inconfundible. Tiene los labios manchados de carmín, rojos e hinchados por mi asalto. Una parte primitiva de mí siente pura satisfacción masculina al verla tan obviamente afectada.

"Vaya", exhala, con la voz ronca. "Eso ha sido..."

"Sólo es el principio", prometo en voz baja. Mi mirada recorre su cuerpo, devorando la visión de sus pezones duros que se tensan contra su fino vestido. "Esta noche voy a follarte de todas las formas imaginables".

Mis palabras le nublan aún más los ojos. Durante un momento, nos quedamos mirándonos, con el aire húmedo de la noche cargado de expectación. Entonces me recorre el pecho con una uña roja.

"¿Tu habitación o la mía?", ronronea, mirándome por debajo de las pestañas.

No pensaba enrollarme con nadie en este viaje, pero con Amanda toda suave y sexy entre mis brazos, su piel resplandeciente a la luz de la luna, sus ojos reflejando el mismo hambre salvaje que siento yo... no quiero tomar ninguna otra decisión.

"Mía", gruño, apretando con más fuerza su cintura. "Ahora".

Su sonrisa es lenta y sensual, llena de sucias promesas. Volvemos al hotel sin decir palabra, con mi brazo alrededor de su cadera.

Me estoy zambullendo en aguas profundas e inexploradas. Pero, por una vez, no quiero calcular los riesgos ni los resultados probables. Sólo puedo pensar en lo mucho que necesito a esta mujer en mi cama. Necesito descubrir a qué sabe su piel y qué ruidos hace cuando se corre.

Esta noche, tomaré lo que quiero. Y quiero a Amanda.

El camino hasta mi habitación parece que dure una puta eternidad. Cada terminación nerviosa de mi cuerpo está encendida, mi piel se eriza al notar el cuerpo curvilíneo de Amanda apretado contra mi costado. Su mano se desliza bajo mi camisa desabrochada, rozando ligeramente mis abdominales, y casi me quemo en el acto. Dios, si sigue tocándome así, voy a acabar inclinándola sobre una tumbona del vestíbulo y ofreciéndole a todo el mundo un espectáculo para adultos.

Saco la tarjeta-llave del bolsillo con dedos torpes, tanteando para abrir la maldita puerta mientras Amanda me da besos calientes con la boca abierta a lo largo del cuello. Finalmente, por suerte, la cerradura hace clic y entramos a trompicones en la oscura habitación. Tengo que poner mis manos sobre su cuerpo desnudo ahora mismo o me volveré loco.

Parece que Amanda piensa lo mismo, porque tira impacientemente de mi camisa. "Quítamela, quítamela", exige sin aliento entre beso y beso. "Necesito sentirte".

No podría estar más de acuerdo. Los botones saltan por los aires mientras las dos nos apresuramos a desnudarnos la una a la otra, con las manos recorriendo ávidamente cada nueva extensión de piel que queda al descubierto. El vestido de Amanda se encharca en el suelo y luego se queda gloriosamente desnuda delante de mí, toda piel suave y curvas apetitosas. Me deleito con la vista de sus pechos turgentes, el ensanchamiento de sus caderas, esas largas piernas que han estado ocultas bajo el vestido toda la noche.

"Joder, eres perfecta", gimo reverente, palmeando sus tetas, sintiendo el peso de ellas en mis manos. Agacho la cabeza para chuparme un pezón rosado mientras la hago retroceder hasta que sus piernas chocan contra el colchón.

Amanda hace el maldito sonido más sexy, arqueando la espalda para introducirme más pecho en la boca. Me deshago en atenciones hacia el apretado pico, rozándolo ligeramente con los dientes antes de aliviarlo con la lengua. Me entierra las manos en el pelo y me sujeta a ella mientras se deja caer sobre la cama y yo la sigo.

Somos una maraña de miembros y bocas que buscan, manos que acarician y agarran todo lo que podemos alcanzar. Me acomodo entre sus muslos abiertos, con la polla dolorosamente dura encajada en su suave calor. Está tan jodidamente mojada que la noto a través de mis calzoncillos y me aprieto contra ella, desesperado por un poco de fricción.

"Oh, Dios, por favor", jadea, enganchando una pierna suave alrededor de mi cadera para empujarme más cerca. Sus caderas ondulan contra mí, buscando alivio. "Te necesito dentro de mí.

Dios, yo también lo necesito, más que mi próximo puto aliento. Pero antes quiero saborearla, quiero sentir esas paredes resbaladizas agitándose alrededor de mi lengua cuando la haga correrse.

Desciendo por su cuerpo, deteniéndome para acariciarle el suave vientre y pellizcarle los huesos de la cadera. Jadea y se retuerce debajo de mí cuando me acomodo entre sus muslos abiertos. Me llega el aroma de su excitación y se me llena la boca de saliva. Joder, huele increíble.

Miro a lo largo de su cuerpo y nuestros ojos se cruzan. Los suyos están nublados por la lujuria, con los labios entreabiertos e hinchados. Ya parece destrozada y apenas hemos empezado.

"Te voy a hacer sentir muy bien", le prometo acaloradamente, con la voz áspera por lo mucho que la deseo. Entonces me inclino hacia ella y pongo mi boca sobre la suya.

Su primer sabor casi me hace soplar en los calzoncillos como un puto adolescente. Es dulce y picante, adictiva. Gimo contra su carne resbaladiza mientras lamo una amplia franja de su raja, saboreando el sabor que estalla en mi lengua. Amanda se agita y jadea, hundiendo los dedos en mi pelo.

"Oh, Dios, oh, joder, sí", balbucea incoherentemente, mientras sus caderas se mecen descaradamente contra mi cara. Me encanta lo receptiva que es, lo desinhibida. Hundo más la cara en su coño caliente, abriéndolo con los dedos para poder meterle la lengua, follarla con ella hasta que gime y tiembla.

Sus muslos empiezan a temblar y sé que se está acercando. Busco su clítoris hinchado y cierro los labios en torno a él para succionarlo suavemente mientras deslizo dos dedos en su estrecho y agitado canal. Sus resbaladizas paredes se aprietan con avidez alrededor de los dedos, intentando penetrarme más profundamente.

"Eso es, suéltate", la engatuso, bombeando los dedos más deprisa, frotando ese punto sensible de su interior mientras pasaba la lengua por su clítoris. "Ven a mi cara, quiero sentirte, saborearte".

Amanda estalla en un grito sin palabras, que brota caliente y dulce sobre mi boca y mi barbilla, mientras su coño se estremece casi violentamente alrededor de mis dedos. Trabajo con ella, prolongando su placer hasta que se desploma sobre la cama, flácida y saciada.

Me arrastro de nuevo por su cuerpo, con mi propia necesidad dolorosa e insistente. Amanda me recibe con brazos ansiosos, tirando de mí hacia abajo para darme un beso profundo y sucio. Me lame su propia esencia en los labios y yo gimo, mientras mis caderas se balancean indefensas contra las suyas.

"Dentro de mí, ahora", exige sin aliento, metiendo la mano entre los dos para bajarme los calzoncillos por las caderas. Me los quito de una patada, impaciente, y luego me detengo, recordando la protección.

"Mierda, déjame coger un condón rápidamente", murmuro, estirándome para alcanzar la caja que tengo en la maleta en el suelo.

"Estoy limpia y tomo la píldora", dice Amanda, rodeándome la cintura con las piernas para detenerme. "Confío en ti. Sólo necesito sentirte, toda tú, por favor, Damien".

Oírla suplicar por mi polla desnuda anula cualquier pensamiento racional. Muesco la ancha cabeza en su entrada, y ambos gemimos cuando su calor resbaladizo besa la sensible punta. Hago girar las caderas, empujando centímetro a centímetro su calor apretado y pegajoso, hasta que me entierro hasta la empuñadura. Tengo que apretar la mandíbula y respirar hondo por la nariz, luchando contra el impulso de descargarme inmediatamente. Es demasiado perfecta, como si estuviera hecha para mí, con sus paredes de terciopelo caliente apretando mi pene.

"Dios mío", gime Amanda, echando la cabeza hacia atrás y clavándome las uñas en los hombros. "Te siento enorme, joder, tan profundo".

Respiro con dificultad cuando empiezo a moverme, con lentas y profundas embestidas que arrastran mi polla casi hasta el fondo, antes de hundirse de nuevo hasta la raíz. Inclino las caderas para rozar su punto G con cada embestida, girando y rechinando.

"Nunca he sentido nada igual", grito, perdiéndome en lo resbaladizo de su coño, en los sucios sonidos húmedos de nuestros cuerpos al encontrarse, en la forma en que me aprieta como un

puño de seda. "Tan jodidamente perfecto, podría quedarme enterrado en este dulce coñito para siempre, ah joder".

Mis embestidas se aceleran, cada vez más fuertes y profundas, a medida que la presión aumenta en la base de mi columna. Ya estoy tan cerca, pero necesito sentir cómo se separa debajo de mí.

Introduzco una mano entre nuestros cuerpos sudorosos y busco su clítoris hinchado. Lo rozo en círculos firmes al ritmo de mis embestidas y Amanda se estremece, con la espalda inclinada sobre la cama.

"Oh, Dios, no pares, ahí mismo", solloza, con las caderas levantándose para recibir mis embestidas cada vez más erráticas. "Me voy a correr tan fuerte, joder".

Siento que empieza a agitarse alrededor de mi pene y mis pelotas se tensan. "Eso es, ven para mí", ordeno con voz ronca, haciendo rechinar mi pubis contra su clítoris. "Empápame la puta polla".

Amanda grita cuando el orgasmo se apodera de ella, con el coño agitándose y aferrándose a mi polla. Los apretones rítmicos me llevan al límite y, con un grito gutural, me entierro hasta la empuñadura, eyaculando caliente y espeso en sus profundidades espasmódicas.

Me derrumbo sobre ella, los dos jadeando, con las pulsaciones latiéndome al unísono. Nunca me había corrido tan fuerte en mi vida. Siento como si acabara de ordeñarme el alma a través de la polla.

Mientras bajamos flotando lentamente de la altura, la acerco, presionando con besos suaves sus sienes húmedas, sus párpados agitados. Amanda canturrea satisfecha, acurrucándose en mi pecho.

No me atrevo a moverme. A romper aún este hechizo. Así que me limito a abrazarla con más fuerza, saboreando su sensación entre mis brazos, el olor a sexo y a aire tropical, el sonido de las olas a través de las puertas abiertas del balcón.

Ahora mismo, sólo quiero estar aquí, en este momento perfecto, con ella.

Capítulo 6



AMANDA

Me despierto lentamente, recuperando la conciencia por etapas. Primero, el sonido de las olas rompiendo en la orilla y las risas lejanas de la zona de la piscina. Luego, el tacto de las sábanas lujosamente suaves contra mi piel desnuda y el hundimiento del colchón a mi lado. Por último, el delicioso dolor entre los muslos y el peso cálido y sólido de un brazo que me cruza la cintura.

Abro los ojos, momentáneamente desorientada. La habitación está en penumbra, pero puedo distinguir muebles desconocidos y obras de arte de temática playera en las paredes. No es mi habitación de hotel. Entonces todo vuelve de golpe: las copas en el bar, el beso abrasador en la playa, el tropiezo en la habitación de Damien en una maraña de manos que me manoseaban y bocas que me buscaban. La forma en que me separó con los labios, los dedos y la lengua, antes de deslizar finalmente aquella polla enorme y perfecta en mi coño dolorido y follarme hasta el olvido.

Joder, es un dios en el dormitorio. Giro la cabeza lentamente sobre la almohada, casi temiendo que fuera producto de mi imaginación. Damien está tumbado de espaldas a mi lado, con un brazo musculoso por encima de la cabeza y el otro aún enroscado posesivamente a mi alrededor. Las sábanas se enredan alrededor de sus delgadas caderas, preservando a duras penas su pudor. Su pecho cincelado sube y baja sin cesar, su hermoso rostro relajado por el sueño.

No, es muy real, y condenadamente guapo. Incluso más así, con su intensidad suavizada, el pelo sal y pimienta despeinado por mis dedos, la sombra de la barba incipiente oscureciendo su fuerte mandíbula. Parece más joven, casi un niño. Siento el impulso repentino de trazar el filo de su pómulo, de alisar el surco entre sus cejas.

Siento que mi cuerpo responde a su cercanía, a los recuerdos de lo que hicimos. Mis pezones se tensan, mi coño se aprieta con renovada necesidad. Dios, Amanda, ¡contrólate! Acabas de

practicar el mejor sexo de tu vida. ¿Cómo es posible que ya quieras más?

Pero lo hago, que Dios me ayude. Quiero despertarlo con mi boca en su polla, quiero cabalgarlo hasta que los dos estemos sudorosos y agotados. Quiero quedarme en esta habitación para siempre, perdida en una bruma de lujuria y placer.

Pero no puedo. Esto es cosa de una noche. Una noche increíblemente caliente, que me hará estremecer los dedos de los pies y en la que pensaré durante meses. Debería irme, volver a mi habitación y darme una ducha fría.

Empiezo a soltarme del brazo de Damien, conteniendo la respiración. Él emite un sonido de descontento y aprieta más fuerte, apretándome más contra su costado. Me paralizo, con el pulso acelerado.

"¿Adónde crees que vas?" Su voz rasgada por el sueño retumba en su pecho, haciendo que se me enrosquen los dedos de los pies.

Le miro a través de las pestañas. Aún tiene los ojos cerrados, pero una sonrisa juguetea en la comisura de su sensual boca.

"Um, ¿vuelvo a mi habitación?" Sale como una pregunta. De repente, no estoy segura del protocolo. ¿Qué se le dice a un tío con el que acabas de tener sexo loco y sin límites?

"Mm, no lo creo". Con un movimiento suave, rueda sobre mí, acomodándose en el hueco de mis caderas. Noto cómo se endurece contra mi vientre y mi cuerpo traidor se flexiona al instante bajo él.

Me acaricia el cuello con el hocico y me pellizca ligeramente el pulso. "Aún no he terminado contigo". Acompaña sus palabras con un lento movimiento de caderas, y yo gimo. Las cosas que puede hacerme este hombre. La ancha cabeza de su polla roza mi entrada, que ya está resbaladiza, y juro que noto cómo me humedezco cada vez más.

Me besa, profunda y profundamente, y nuestras lenguas se entrelazan. Es diferente a nuestros acalorados y frenéticos besos de antes. Sensual, seductor. Lleno de promesas tácitas.

Cuando levanta la cabeza, estoy aturdida y jadeando. Traza la curva de mi labio inferior con el pulgar, con algo parecido al asombro en sus ojos.

"Nunca me había sentido así", dice bruscamente. "Como si no tuviera suficiente, como si fuera a morir si no te follo".

¿Cómo puedo resistirme a eso? ¿Este hombre guapísimo y apasionado mirándome como si fuera la única mujer del mundo? Aunque se lo diga a todas las mujeres, quiero creerlo en este momento.

"Entonces fóllame". Mi voz es un suave gemido.

La lenta sonrisa de Damián es puro pecado y promesa, mientras envuelvo mis brazos alrededor de su cuello, rindiéndome al hambre, a la necesidad. A él.

Cuando el duro cuerpo de Damián cubre el mío, su polla empujando lentamente dentro de mi ansioso coño, todas las preocupaciones e inquietudes se desvanecen. Estoy justo donde quiero estar. Todo lo demás puede esperar.



Cuando me despierto por la mañana, Damien está profundamente dormido a mi lado, con el pecho subiendo y bajando sin cesar. No quiero despertarle. Después de la sesión maratoniana de anoche, se merece dormir.

Me deslizo fuera de la cama, con el cuerpo deliciosamente dolorido en todos los lugares adecuados. Recuerdos de nuestra salvaje noche juntos asaltan mi mente mientras recojo mi ropa esparcida por el suelo. Apenas me reconozco en el espejo del baño. El pelo enmarañado, los labios hinchados por el beso, una marca morada en la clavícula que me identifica como suya. Al menos durante una noche increíble. Me visto deprisa, necesito irme antes de hacer algo estúpido como despertarle y darle mi número. Me sentiría desolada si nunca me llamara. Es mejor marcharse ahora, para mantener intacta la ilusión de nuestra noche perfecta.

Con mano temblorosa, garabateo una nota en la papelería del hotel. "Gracias por una noche inolvidable ~ Amanda". Las palabras me parecen totalmente inadecuadas para expresar el placer que me ha proporcionado, pero es lo mejor que puedo hacer con tan poco tiempo. Coloco la nota sobre la almohada en la que dormía y echo un último vistazo a su forma dormida. Está tan tranquilo y despreocupado que siento una punzada de nostalgia en el pecho. Por un momento, me permito imaginar una realidad alternativa: besos mañaneros, planeando el día juntos, envueltos el uno en el otro sin preocuparnos de nada.

Espabila. Eso es una fantasía. No me voy a enrollar con un tío sexy de vacaciones para quedármelo. La vida real me espera, con todas sus complicaciones y obligaciones. Como mi mejor amiga con el corazón roto, que ahora me necesita más que nunca. Salgo a hurtadillas de la habitación, el clic de la puerta suena como un último adiós. La alfombra de felpa del pasillo se traga mis pasos mientras me dirijo a mi propia habitación.

Me desnudo en el baño y me meto bajo el chorro caliente de la ducha. Casi no quiero quitarme su olor, pero sé que estoy siendo tonta. Nada va a borrar los recuerdos grabados a fuego en mi mente de aquella noche increíble. Ojalá pudiera contárselo a Olivia.

Joder, Olivia. ¿Cómo he podido olvidar la razón por la que estoy aquí? Se me revuelve el estómago de culpa al salir de la ducha y secarme. Cuando miro el móvil, no hay ningún mensaje. Maldita sea.

Paso la mayor parte del día en la habitación del hotel viendo la tele mientras alterno entre soñar despierta con Damien y preguntarme qué estará haciendo, y luego preocuparme por Olivia.

Finalmente, recibo un mensaje suyo.

Olivia:

Hola Mandy, siento mucho haber desaparecido del mapa. Ha sido un fin de semana infernal. Soy un puto desastre, pero voy a quedarme y hacer esta luna de miel en solitario. Me vendría muy bien mi mejor amiga ahora mismo, si sigues por aquí.

Mi corazón se rompe por ella y le escribo furiosamente.

Amanda:

¡¡¡Dios mío, Liv!!! ¡¡¡Voy a asesinar a esa comadreja chupapollas!!! Olvídate de él, no te merece. Eres una diosa. Sigo en el complejo y tengo una botella de tequila con nuestros nombres. ¿Noche de curación de corazones rotos en tu habitación? Estaré allí en 20 minutos con aperitivos.

Veinte minutos después, estoy en la puerta de Olivia, con los brazos llenos de tequila, tentempiés y artículos básicos para la ruptura de la tienda de regalos del complejo. Abre y la visión de sus ojos hinchados y enrojecidos es como un puñetazo en el estómago. Lo dejo todo y la abrazo con fuerza.

"Te tengo", murmuro en su pelo mientras ella se estremece con sollozos silenciosos. "Comeremos comida basura y nos olvidaremos del mundo".

La noche transcurre en un borrón de confesiones con tequila, risas de borracho y revelaciones que desnudan el alma. Le cuento mi noche con el misterioso desconocido. Ella me escucha, con los ojos brillantes y una pizca de picardía.

"Mírate, teniendo una aventura salvaje en vacaciones", se burla, con un fantasma de su chispa habitual en su voz cruda. "Me alegro. Te mereces divertirte".

Sonrío, sintiéndome más ligera. "Fue increíble", admito, ruborizándome ante los recuerdos. "Fue una noche loca e impulsiva".

Ella asiente, repentinamente seria. "Lo entiendo. Todos necesitamos momentos de evasión a veces, para sentirnos vivos y deseados".

Finalmente nos desmayamos al amanecer, con botellas vacías y cartones de helado por toda la habitación. Me despierto unas horas más tarde, aturdido y con la boca entre algodones. Olivia sigue muerta para el mundo. Salgo de la cama y me arreglo, con una sonrisa melancólica en los labios. Es hora de volver a casa.

De camino al aeropuerto, mi mente es un revoltijo de emociones. Preocupación por Olivia y cosquilleos residuales de mi noche con Damien. Me acomodo en el asiento del avión con un

suspiro. Es hora de volver a la realidad, a mi aburrida vida y a mi trabajo. Este viaje será para siempre un dulce recuerdo.

Mientras despegamos, no puedo deshacerme de la insana sensación de que estoy dejando una parte de mí en esa isla. Pero eso es ridículo, ¿verdad? Sólo fue una noche. Una noche inolvidable, abrasadora y perfecta que se grabó en mi cerebro para la eternidad.

Apoyo la cabeza contra la ventanilla, observando cómo el paraíso tropical se aleja, el agua turquesa y la arena inmaculada se desvanecen en la distancia. Sea lo que sea lo que me depare el futuro, una cosa es segura: mi vida nunca volverá a ser la misma después de este viaje, porque a todos los hombres con los que salga los compararé con Damien.

Capítulo 7



DAMIEN

El espacio vacío a mi lado es lo primero que capta mi atención cuando abro los ojos. Alargo automáticamente la mano hacia Amanda, buscando su calor, pero sólo encuentro sábanas frías. La dura luz del sol se cuela por una rendija de las cortinas y me hace entrecerrar los ojos. El silencio de la habitación es demasiado maldito y me pone de los nervios.

"¿Amanda?" Sólo responde el silencio.

Al levantarme, se me revuelve el estómago cuando veo que su vestido ya no está en el montón del suelo donde lo tiramos anoche. Un papel doblado en la almohada junto a la mía me llama la atención. Lo cojo, pero mis dedos no se mantienen firmes.

"Gracias por una noche inolvidable ~ Amanda"

Siete putas palabras me miran fijamente, con su sencillez burlona. Leyéndolas una y otra vez, busco algún significado oculto, alguna señal de que lo que tuvimos significó para ella algo más que un polvo rápido. Pero las palabras siguen siendo las mismas, un pequeño y educado agradecimiento que dejarías tras una agradable cena, no tras una noche de sexo alucinante.

Aplastando la nota en mi puño, me invade la decepción de que no haya dejado su número. Esto no debería acabar así. Pero incluso cuando ese pensamiento se cruza por mi mente, sé que estoy siendo un imbécil. Amanda no es como las mujeres con las que suelo acostarme. Es real, genuina, y eso es lo que me gustaba de ella en primer lugar. Si no dejó su número, es que no quería. El hecho de que mi mente se haya quedado boquiabierta no significa que la suya también.

Me meto en la ducha, esperando que el agua caliente me despeje la cabeza. Pero mientras el vapor llena la habitación, Amanda es todo lo que puedo ver. Sus ojos brillantes cuando reía, sus suaves curvas contra mí, los sonidos que hacía cuando estaba dentro de ella...

Sacudiendo con fuerza la cabeza, pongo el agua fría. El chorro helado me devuelve a la realidad. Actúo como un adolescente enamorado, no como un hombre hecho y derecho.

Paso la mañana y la tarde en mi habitación, contestando correos electrónicos del trabajo y soñando despierto con Amanda. Tengo que dejar de pensar en ella. El tiempo corre y tengo que irme. Mi vuelo sale dentro de unas horas, pero antes tengo que ver cómo está mi familia, aunque es lo último de lo que quiero ocuparme ahora mismo.

En el restaurante del hotel, encuentro a mi cuñada, Catherine, tomando una copa de vino, con ojeras.

"Damien", dice ella, sorprendida. "Creía que ya te habrías ido".

Me deslizo en la silla frente a ella, yendo al grano. "Me voy dentro de un rato. ¿Cómo está Olivia?"

Catherine suspira, parece agotada mientras se aparta el pelo canoso de la cara. "Está... tratando. De hecho, su amiga Amanda está con ella ahora mismo, así que eso es un progreso".

Casi me atraganto con el agua que acabo de beber. ¿Amanda? No puede ser la misma. ¿Cuántas malditas Amandas hay en este complejo?

"Eso está... bien", consigo decir, con la cabeza dándome vueltas. Si es mi Amanda, ¿cómo conoce a Olivia? ¿Está metida en todo este drama familiar?

Mientras Catherine habla de lo malos que han sido los últimos días, de la cagada de Alexis y de la cancelación de todo este circo, yo asiento con la cabeza, pero en realidad no estoy escuchando. Mi mente está atascada en Amanda. La idea de que pueda estar relacionada con Olivia, con mi familia, me corroe. Una parte de mí quiere interrogar a Catherine sobre esa amiga de Olivia, pero no lo hago. ¿Qué coño iba a decir? "Oye, qué anécdota más graciosa, creo que anoche pillé a la amiga de Olivia"? Sí, eso iría muy bien.

Finalmente me escapo después de prometerle a Catherine que me mantendré en contacto cuando vuelva a casa. Esperando mi vuelo, no puedo dejar de pensar en Amanda. Debería haber ido a buscarla, hablar con ella antes de irme. Pero, ¿para qué? Dejó muy claro lo que siente, desapareciendo sin dejar su número.

El vuelo se hace eterno, las horas pasan arrastrándose. Intento distraerme con los correos electrónicos del trabajo, pero Amanda no deja de meterse en mi cabeza. Su aspecto desnudo a la luz de la luna, su tacto bajo mis manos, el sonido de su risa...

Hacía mucho tiempo que una mujer no me tocaba así. Lo odio, joder.



De vuelta a mi vida real, intento apartarla de mi mente. Me encierro en el trabajo, en reuniones consecutivas y en noches enteras estudiando hojas de cálculo.

Pero cuando estoy a solas con mis pensamientos, Amanda vuelve a aparecer. Me sorprendo preguntándome qué estará tramando, si estará pensando en mí. Es exasperante.

Tres semanas después, estoy en mi despacho, escuchando a medias el discurso de un chico de una startup, cuando mi ayudante me interrumpe.

"¿Señor Gallagher? Olivia ha venido a verte".

Estoy sorprendida. Olivia nunca viene aquí. "Hazla pasar", digo, haciendo un gesto a los confusos empresarios para que salgan.

Olivia entra como una brisa, con un aspecto más ligero que en el complejo.

"Tío Damián", dice ella, encaramándose al borde de un sillón de cuero. "No interrumpo nada importante, ¿verdad?".

"En absoluto", le aseguro, echándome hacia atrás. "¿Qué pasa?"

Respira hondo, con una pequeña sonrisa en los labios. "Quería decirte... conocí a alguien. En el complejo".

Mis cejas se disparan. "¿Ah?"

"Después de todo lo que pasó con Evan, pensé que ni siquiera miraría a otro chico. Pero éste... es diferente. Especial".

Me siento feliz por ella, pero hay algo más mezclado. ¿Celos, tal vez? "Es estupendo, Olivia. Me alegro".

Ella asiente, poniéndose seria. "Hay algo más. Quería pedirte perdón. Por lo de la boda. Todo ese dinero que pusiste... Me siento fatal por haberlo malgastado".

Levanto una mano. "Olivia, olvídate del dinero. Sólo quiero que seas feliz. Si este tipo te trata bien, habrá sido dinero bien gastado".

Se le llenan los ojos de lágrimas. "Gracias", dice en voz baja. "Siempre me cubres las espaldas. No sé qué haría sin ti".

Cuando se va, me siento raro. Estoy emocionada por ella, pero no puedo dejar de pensar en Amanda. La conexión que tuvimos, por breve que fuera.

Estoy junto a mi ventana, mirando hacia el parque adyacente a mi despacho. He conseguido tanto en mi vida, ¿por qué siento que de repente me falta algo?

Saco el móvil y abro el navegador. Por un segundo, pienso en intentar localizar a Amanda. Pero luego lo cierro, apartando el teléfono.

No. Lo que pasó entre nosotros fue cosa de una sola vez. Un lío de vacaciones. Nada más.

Vuelvo a mi escritorio, dispuesta a centrarme en lo que hay aquí, en lo que es real. Pero mientras me siento, no puedo evitar la sensación de que estoy metiendo la pata. De que si dejo que Amanda se marche, podría estar perdiéndome algo real.

No es una sensación a la que esté acostumbrada. No me gusta una mierda. Pero mientras me obligo a volver al trabajo, no puedo ignorar del todo la vocecita de mi cabeza que pregunta... ¿y si...?

Capítulo 8



AMANDA

Las luces fluorescentes parpadean sobre mí, haciendo que me duelan aún más los ojos cansados. Miro fijamente las paredes de tela gris de mi cubículo, y la propuesta de subvención que tengo delante no es más que un borrón de minúsculas letras negras que se niegan a formar palabras.

Aprieto los ojos y me froto las sienes, intentando alejar el jet lag. Pero no es sólo el cansancio lo que me agobia. Mi mente no deja de pensar en él. En Damián. Sus intensos ojos grises, fieros y amables a la vez. El calor abrasador de su cuerpo contra el mío. Cómo su más leve contacto me hacía arder de una forma que nunca antes había sentido.

"¡Hola, tierra a Amanda!" La voz de Talía rompe el vívido recuerdo, haciéndome casi saltar de la silla. Está apoyada en la entrada de mi cubículo. "Vale, ¿adónde acabas de ir? Porque seguro que no ha sido a esta emocionante propuesta de subvención".

Siento que mi cara se sonroja y agacho rápidamente la cabeza, dejando que mi pelo caiga hacia delante para ocultar mis mejillas rojas. "Lo siento, supongo que aún estoy muy cansada por el viaje".

Talía hace un sonido incrédulo. Se acerca y salta hasta sentarse en el borde de mi escritorio. Se inclina hacia mí y me lanza una mirada cómplice. "Jet lag, ¿eh? ¿Ésa es la historia que vamos a contar?". Sus ojos bailan de curiosidad. "Vamos, Amanda. En los dos años que hace que te conozco, nunca te había visto así. Ese brillo, las miradas distraídas y lejanas, esa sonrisita secreta cuando crees que nadie te está mirando... Dios mío, dímelo. ¿Qué pasó en aquella isla?

Me muerdo el labio inferior, con una batalla interna desatada en mi interior. Una mitad de mí se muere por contarle cada jugoso detalle, por revivir cada momento compartiéndolo en voz alta. Pero la otra mitad, la más inteligente, quiere proteger esos preciosos recuerdos, mantenerlos a

salvo de preguntas indiscretas y del inevitable desvanecimiento que se produce cuando un secreto deja de ser sólo tuyo.

Talía debe de ver mi vacilación. Su expresión se suaviza y estira la mano para darme un apretón reconfortante en el hombro. "Oye. Sabes que siempre estoy aquí para ti, ¿verdad? Sin juzgarte. Sólo quiero ver feliz a mi chica".

Algo en mí se rompe ante sus palabras cariñosas, como un dique que se desmorona. "Conocí a un chico", confieso, las palabras a la vez emocionantes y dolorosas en mi lengua.

Los ojos de Talía se abren de par en par y sus labios forman un círculo de sorpresa. "¡Amanda Taylor, niña traviesa! Necesito Detalles. Ahora mismo. ¿Estaba caliente? ¿Vosotros dos...?" Me mueve las cejas de forma sugerente.

me río. "Sí y, por supuesto, sí. Pero Tal... Dios, era mucho más que eso. Era..." Me cuesta encontrar las palabras adecuadas para captar lo que sentía en los brazos de Damien. "Lo era todo. Sexy, inteligente, motivado. Pero también estaba tan centrado en mí y me tocaba las narices de la mejor manera...". Dejo caer la cabeza entre las manos. "Nunca había tenido una conexión así con nadie".

Talía suelta un silbido impresionada. "Maldita chica. Suena como si te hubiera alcanzado un maldito rayo". Hace una pausa, frunciendo ligeramente el ceño. "Espera, ¿por qué parece que alguien ha atropellado a tu cachorro? ¿Vive el príncipe azul al otro lado del planeta o qué?".

Sacudo la cabeza y una sonrisa irónica se dibuja en mi boca. "No sé dónde vive. No nos sentamos exactamente a intercambiar historias de vida. Se suponía que sólo iba a ser una noche increíble, ¿sabes? Pero ahora..." Trago con fuerza por el repentino nudo en la garganta. "Ahora no puedo quitármelo de la cabeza. No dejo de pensar en lo que podría haber sido".

El rostro de Talía se suaviza con comprensión. Salta de mi escritorio y me envuelve en un fuerte abrazo, rodeándome con el familiar aroma de su perfume. "Oh, cielo. Lo siento mucho. No saberlo es lo peor".

Se aparta para mirarme a los ojos, con las manos en mis hombros. "Escúchame. Si está destinado a suceder, el universo hará que suceda. No pierdas la esperanza. Pero tampoco dejes que te coma viva, ¿vale? Tienes muchas cosas buenas en tu vida. Céntrate en eso por ahora. Todo lo demás se resolverá por sí solo cuando llegue el momento".

Asiento con la cabeza, parpadeando para que no se me salten las lágrimas. "Gracias, Tal. Eres el mejor".

Sonríe y me da un último apretón en los hombros. "Claro que sí. ¿Y si nos largamos de aquí y nos atiborramos a tacos? Necesito una dosis mexicana".



Realmente intento seguir el consejo de Talía a medida que pasan las semanas. Me entierro en el trabajo, dedicando horas extra a esa maldita propuesta de subvención. Después de cerrar el reloj, voy a clases de yoga, quedo con las chicas para cenar y tomar algo, me pierdo en novelas románticas cursis... cualquier cosa que mantenga mi cerebro demasiado ocupado para vagar por la madriguera del conejo de los "quizás" y los "y si".

Pero por mucho que intento seguir adelante, mi estúpido cuerpo parece empeñado en retenerme como rehén de aquella noche estremecedora. Empieza con el agotamiento, que me oprime las extremidades y ralentiza mis pasos hasta que me siento como si me arrastrara por arenas movedizas. Me levanto cansada, me afano en las tareas del día y me tiro de bruces en la cama por la noche para dar vueltas en la cama durante horas mientras mi mente da vueltas en círculos.

Luego llegan las náuseas, que me dejan débil y mareada. Voy constantemente corriendo al baño, rezando a los dioses de porcelana para llegar a tiempo. Los olores que antes no me molestaban se convierten de repente en mis peores enemigos: café, ensalada de atún, huevos duros... sólo de pensarlo me entran ganas de vomitar.

Sigo diciéndome a mí misma que es sólo estrés, o tal vez un virus estomacal que me ha traído a casa desde la isla. Pero en el fondo de mi mente, una vocecita sigue susurrándome la posibilidad que no estoy preparada para afrontar.

Todo llega a su punto álgido la mañana en que estoy vomitando las tripas en el aseo de señoras del trabajo, encorvada sobre el retrete mientras mi estómago intenta revolverse mucho después de que los restos de mi triste desayuno a base de rosquillas hayan desaparecido.

Talía, bendita sea, me encuentra allí. Me sujeta el pelo y me frota la espalda mientras jadeo. "Amanda, cariño, esto no está bien", me dice suavemente. "Tienes que hacerte un chequeo".

Sólo puedo asentir, sin confiar en mí misma para abrir la boca. Porque, en el fondo, sé con una certeza repentina y aterradora lo que dirá el médico.

Esa tarde, me encuentro congelada en el pasillo de planificación familiar de la farmacia, mirando las hileras de pruebas de embarazo como si fueran a saltar de las estanterías y morderme. Me tiemblan las manos cuando cojo tres marcas distintas, porque necesito estar segura antes de dejarme llevar por el pánico.

De vuelta al estrecho cuarto de baño de mi apartamento, alineo las pruebas en el borde del lavabo, con las instrucciones nadando ante mis ojos. Meo en cada palito robóticamente, con el cerebro acelerado a la velocidad de la luz y completamente en blanco al mismo tiempo.

La espera de 3 minutos para obtener los resultados es pura agonía. Camino por mi pequeña habitación. Esto no puede estar pasando. Tomo la píldora. Sé que no está al 100%, pero sólo fue una noche. Dios, esto es un desastre.

Cuando por fin suena el temporizador de mi teléfono, me quedo helada. Entro en el baño y me obligo a mirar las varitas de plástico, cuyas pantallas digitales me gritan la verdad.

Dos líneas. Signo más. Embarazada. Embarazada. Embarazada.

Las piernas me fallan. Me deslizo por la pared hasta el frío suelo de baldosas. Me rodeo con los brazos, alrededor de la microscópica bola de células que ya se siente como en casa, y dejo que las lágrimas fluyan sin control por mis mejillas.

¿Cómo he podido ser tan jodidamente irresponsable? Mi trabajo es estupendo, pero la baja por maternidad es un auténtico chiste. A duras penas me las arreglo en este apartamento minúsculo, ¿cómo coño voy a poder permitirme pañales y guardería y todos los demás costes demenciales de tener un hijo? No tengo familia que pueda ayudarme. Perdí a mis padres en los últimos cinco años y no tengo hermanos ni parientes cercanos.

Pero incluso cuando el miedo amenaza con ahogarme, siento que un pequeño destello de algo cálido y ferozmente protector cobra vida en mi pecho. Apoyo la mano en el vientre, aún plano bajo la camiseta, maravillándome ante la idea de que haya algo creciendo en mi interior y cambiando a cada segundo que pasa.

De Damien. El padre de mi bebé. Un hombre al que apenas conozco, aparte de lo adorada y apreciada que me hacía sentir. Cómo me miraba como si yo fuera la única otra persona en el mundo entero.

Tengo que decírselo. Aunque se asuste y no quiera tener nada que ver conmigo ni con este niño, le debo darle esa opción. Merece saberlo.

Con las piernas tambaleantes, me levanto y cojo el móvil, me tiemblan los dedos al abrir un navegador. "Cómo encontrar a un chico con el que te enrollaste en vacaciones", tecleo, con el estómago retorciéndose en un nudo.

Pero al hojear la lista de resultados de la búsqueda, me doy cuenta de que estoy enfermo. No sé el apellido de Damien. No tengo detalles concretos que me ayuden a localizarlo. Todo lo que tengo es un nombre, un puñado de recuerdos perfectos y la diminuta vida que creamos accidentalmente instalada en mi útero.

Y estoy jodidamente aterrorizada.

Hecha un ovillo en la cama, aprieto el teléfono contra el pecho mientras se me saltan las lágrimas. No tengo ni idea de qué demonios voy a hacer ahora. Pero sé que lo resolveré. Tengo

que hacerlo. Por mi bebé.

Cuando empiezo a quedarme dormida, con una mano acariciándome el vientre, envío una súplica desesperada al universo o a cualquier poder que pueda estar escuchando.

Por favor, déjame encontrar de algún modo a Damien. Haz que quiera esto.

Sé que es un tiro en la oscuridad.

Pero es todo lo que tengo.

Capítulo 9



DAMIEN

El recuerdo de aquella noche con Amanda en el complejo no me deja en paz, joder. Es como una canción que se repite en mi cabeza: su risa despreocupada, su piel suave bajo mis dedos, la forma en que nuestros cuerpos encajaban a la perfección. No puedo quitármelo de la cabeza.

Me repantigo en el sillón de cuero de la oficina, muy enfadada por dejarme llevar tanto por esto. Tengo trabajo, y lo último que necesito es obsesionarme con alguien con quien pasé una noche. Pero maldita sea, no puedo dejar de pensar en ella.

Mis ojos se posan en el móvil, que está en el borde de mi escritorio, prácticamente retándome a que lo coja. ¿Conoce Olivia a mi Amanda? ¿Podría tratarse de la misma mujer? Una parte de mí siente picazón por llamar a Olivia y preguntarle casualmente, sólo para ver si es ella.

Pero luego me dan ganas de abofetearme. ¿En qué demonios estoy pensando? No persigo a las mujeres, y menos a las que se me escapan sin siquiera dejarme un número. Si Amanda quisiera algo más de mí, se habría quedado. Su acto de desaparición ha dejado muy claro que quiere seguir siendo una aventura vacacional sin nombre.

Justo entonces, la voz de mi ayudante crepita por el interfono, haciéndome dar un respingo. "¿Sr. Gallagher? Ha llegado su cita de las 4".

Me enderezo la corbata y me aclaro la garganta. "Hazles pasar".

Cuando un hombre trajeado se une a mí, dejo de pensar en Amanda. Durante la siguiente hora, me dedico de lleno a los negocios, haciendo preguntas y calculando números. Esto es lo que se me da bien. Esto es lo que sé.

Cuando se van, ya ha oscurecido. En la tranquilidad, mi mente no puede evitar volver a pensar en Amanda. Cierro los ojos y dejo que la fantasía se apodere de mí, imaginando un final alternativo para aquella apasionada noche.

Con los ojos de mi mente, la veo justo cuando se desliza fuera de la cama, con su delicioso cuerpo aún sonrojado y brillante. Me acerco a ella y la atraigo contra mi pecho, con la polla agitándose y endureciéndose mientras respiro el aroma del sexo en su piel.

"¿Adónde crees que vas?". gruño en su oído, mientras mi mano se desliza posesivamente por la suave curva de su cadera.

Vuelve a fundirse contra mí con un suave gemido. "En ningún sitio. Me quedo aquí contigo".

Atrapo sus labios en un beso abrasador mientras la vuelvo a tumbar sobre las sábanas enredadas. Ella separa los muslos en señal de invitación y yo me acomodo entre ellos, con mi grueso pene tanteando ardientemente su resbaladiza entrada.

"Dime que eres mía", le exijo bruscamente mientras me introduzco en su calor apretado y húmedo. "Dime que nunca te irás".

"Soy tuya", jadea mientras la hundo profundamente. "¡Sólo tuya!"

La tomo con fuerza y rapidez, reclamando cada centímetro de su cuerpo sexy, marcándola como mía. Nos movemos juntos, nuestra piel bañada en sudor se desliza deliciosamente, la habitación resuena con nuestros gruñidos y gemidos de placer.

Cuando ambos estamos agotados y saciados, la recojo entre mis brazos, saboreando la sensación de sus suaves curvas contra mí. "Necesito tu número, nena. Tu verdadero nombre. No dejaré que desaparezcas".

Pero la fantasía se fractura, las imágenes se disuelven como la niebla. Estoy sola en mi despacho, con la mirada perdida entre informes y hojas de cálculo, atormentada por pensamientos sobre lo que podría haber sido. Resoplo y sacudo la cabeza. Tengo que sacármela de la cabeza. Es inútil seguir por ese camino. Lo hecho, hecho está. Probablemente Amanda viva al otro lado del país. Ha tomado su decisión y tengo que respetarla, aunque mi polla no esté de acuerdo. Con un suspiro, vuelvo al ordenador y me pierdo en el reconfortante mundo de los datos y los números. Así es mi vida. No hay tiempo para nada ni nadie más.

Sigo repitiendo mentalmente esa última parte como un mantra mientras trabajo por la noche. Tal vez, si lo repito lo suficiente, empiece a creérmelo. Y tal vez, con el tiempo, deje de obsesionarme con Amanda como un maldito idiota obsesionado.

Capítulo 10



AMANDA

Tengo arcadas al entrar en la oficina, el olor a café me da ganas de vomitar. Las náuseas matutinas me están dando una paliza estos días.

"¡Buenos días, Amanda!" chirría Talía. Su sonrisa se desvanece al verme. "¿Has empezado mal el día?

Hago una mueca. "Se podría decir que sí. Sobreviviré, sólo necesito llegar a mi mesa".

Talía ha sido mi salvavidas. Una vez le dije que estaba embarazada, y aunque tiene más o menos la misma edad que yo, se puso en plan mamá oso y no para de comprobar que estoy bien.

Me desplomo en la silla y saco las galletas saladas del bolso. Me ayudan un poco, pero lo que realmente necesito es encontrar al papá de mi bebé. Han pasado dos semanas desde que oriné en aquel palo y vi las dos líneas rosas. Dos semanas acechando todas las plataformas de redes sociales intentando localizar a Damien. Pero es imposible encontrarlo basándome en los pocos datos que tengo. Cifras.

Abro mi correo electrónico y miro fijamente la pantalla. La semana que viene hay que entregar una propuesta de subvención. Necesito concentrarme, pero mi mente no para de divagar.

¿Qué diría Damián si supiera que me ha dejado embarazada? ¿Estaría emocionado o cabreado? ¿Querría jugar a la familia feliz o tirar dinero al problema para que desaparezca?

La sola idea de criar a este niño me da mucho miedo. ¿Pero imaginarme la cara que pondría Damien si nos rechaza? Ni siquiera puedo.

Una voz me saca de mi espiral. Es Linda, mi jefa. "Amanda, ¿tienes un segundo para repasar la propuesta?".

La sigo a su despacho y trato de prestar atención mientras habla sin parar de presupuestos y métricas. Pero no dejo de perder el hilo. ¿Cuánto tardaré en confesarme en el trabajo? ¿Qué

pasará cuando tenga un hijo?

"¿Amanda? ¿Me has oído?" La voz de Linda atraviesa la niebla.

"Perdona, ¿qué ha sido eso?" Le guiño un ojo.

Ella frunce el ceño. "¿Va todo bien? Últimamente pareces... distraído".

Casi me desahogo en ese momento. Linda siempre ha sido guay. Quizá tendría algún consejo sobre cómo compaginar el trabajo y la maternidad en solitario. Pero me acobardo.

"Estoy bien", miento. "Sólo me siento un poco mal. No afectará a mi trabajo, te lo prometo".

Linda parece escéptica, pero lo deja pasar. "De acuerdo. Pero mi puerta está siempre abierta si necesitas algo".

Saco el calendario de mi escritorio y cuento las semanas. Tengo entre cinco y ocho semanas antes de que no pueda ocultar esta barriga. Tengo que ponerme las pilas rápidamente.

Esa noche, me reúno con Talía en nuestro lugar habitual, una cuchara grasienta con la mejor comida reconfortante. Pero sólo de pensar en una hamburguesa me entran ganas de vomitar. Me pido una patata asada normal con ginger ale. Talia me mira.

"Vale, derrama", dice cuando llega nuestra comida. "¿Cuál es el plan?"

Empujo mi patata alrededor del plato. "No lo sé".

Pone su mano sobre la mía. "¿Has pensado en... ya sabes, otras opciones?".

Sé a dónde quiere llegar. ¿Sería más fácil... no tener este bebé? No puedo decir que no se me haya pasado por la cabeza.

Pero entonces recuerdo el pequeño aleteo que he sentido hoy, el primer indicio de la pequeña pepita que crece ahí dentro. Era demasiado pronto para que el bebé se moviera, pero lo sentí como un pequeño "hola, mamá" del cacahuete.

"Quiero quedármelo", digo, sorprendiéndome a mí misma de lo segura que estoy. "Sé que será difícil, pero... quiero este bebé".

Talía me sonríe. "Entonces eso es lo que vamos a hacer. Tú te encargas".

Su apoyo lo es todo. "Gracias", me las arreglo con un nudo en la garganta.

Al salir, un tipo trajeado casi me derriba. Por un segundo, huele a Damien y mi corazón se acelera.

"¿Damien?" grito antes de poder contenerme.

El tipo se da la vuelta. No es él.

Talía me lanza una mirada comprensiva. "¿Falsa alarma?

Asiento con la cabeza, parpadeando para contener las lágrimas. "Sí. Por un momento pensé...".

Me rodea con el brazo mientras salimos. Me aferro a sus palabras. Puedo hacerlo. Tengo que hacerlo. Por mí y por este pequeño cacahuete.

De vuelta a mi apartamento, me acurruco en el sofá con un té de jengibre. Me froto la barriga, conectando con el pequeño bebé que hay ahí dentro.

"Hola, pequeña", susurro. "No sé lo que va a pasar, pero te prometo una cosa: te queremos mucho".

Juro que siento otro aleteo, como si la pepita me hubiera oído. Por fin llegan las lágrimas, pero esta vez son lágrimas de esperanza. PUEDO hacerlo.



A la mañana siguiente, mi corazón martillea de los nervios cuando entro a grandes zancadas en el despacho de Linda y le pregunto: "¿Tienes un minuto?".

Linda levanta la vista, sorprendida. "Por supuesto, Amanda. ¿Qué pasa?"

"Estoy embarazada", le suelto antes de que pueda cambiar de opinión. Me preparo para su reacción. Pero entonces Linda esboza una cálida sonrisa.

"¡Oh, Amanda! Te felicito. Es una noticia maravillosa".

La miro fijamente, sorprendido. "¿No estarás... enfadada?".

Linda se ríe de verdad. "¿Enfadada? En absoluto. La vida pasa. Encontraremos un plan que funcione para todos".

Mientras Linda y yo hablamos de la baja por maternidad y los horarios flexibles, siento que se me quita un gran peso de encima. No es una solución definitiva, ni mucho menos. Aún quedan un millón de cosas por resolver. Pero es un comienzo.

Salgo de su despacho con ese subidón. Un repartidor pasa con dificultad con un enorme ramo de flores. Le dejo pasar y el nombre de la tarjeta me llama la atención.

Por un segundo, juro que pone "Damien". Pero cuando lo miro dos veces, ya no está. Es sólo mi mente jugando otra vez una mala pasada.

Sacudo la cabeza. No puedo seguir así, saltando ante cada sombra con la esperanza de que sea él. No va a formar parte de la vida de este niño. Tengo que aceptarlo.

Pero cuando me toco la barriga y vuelvo a sentir ese pequeño aleteo, me doy cuenta. No importa. Este bebé es deseado, muy deseado. Y tendrá todo el amor que yo pueda darle.

Siento que sonrío, que sonrío de verdad, por primera vez en semanas.



Esa noche, estoy ante la puerta del apartamento de Olivia, con el corazón haciendo una samba en mi pecho. La he estado esquivando, sin saber cómo darle la noticia. Pero es mi mejor amiga. Tengo que decírselo, así que le envío un mensaje y le pregunto si puedo pasarme.

Olivia abre la puerta y se le ilumina la cara. "¡Amanda! Ven aquí, chica!"

Entro en su casa y el acogedor olor de sus velas de lavanda me envuelve como un abrazo. Nos dejamos caer en su mullido sofá y le doy la noticia.

"Liv, tengo que decirte algo". Mi voz tiembla un poco.

Se inclina hacia ti, preocupada. "¿Qué ocurre? ¿Va todo bien?"

Asiento con la cabeza y siento que una sonrisa se dibuja en mi boca. "En realidad, sí. Estoy embarazada".

Olivia me mira boquiabierta, con los ojos desorbitados. Luego suelta un chillido capaz de romper un cristal y me abraza.

"¡Dios mío, Amanda! ¡Es increíble! Me alegro mucho por ti". Se echa hacia atrás, con lágrimas de felicidad en los ojos. "Espera, ¿esto es del hombre misterioso del complejo?".

Asiento con la cabeza, con las tripas retorciéndose de ansiedad otra vez. "Sí. Sólo fue cosa de una noche".

Olivia se tranquiliza un poco. "Oh, cariño. Debe de ser duro. Pero no te preocupes, estoy aquí para lo que necesites, ¿vale?".

Mientras hablamos, mis ojos recorren su acogedor salón. Entonces, una foto en la pared capta mi atención. Es un retrato familiar. Y allí, con un aspecto de lo más sexy, hay una cara que reconocería en cualquier parte.

Intento actuar con despreocupación. "Liv, ¿quién es ese zorro plateado de la foto?".

Sigue mi mirada y se ríe. "Ese es mi tío Damien. Guapísimo, ¿verdad? Las mujeres se le tiran encima constantemente".

La habitación empieza a girar. Tío Damien. El tío de Olivia. La pieza que faltaba en todo este jodido puzzle.

"¿Es hermano de tu padre o de tu madre?". pregunto, intentando fingir que no estoy sorprendida.

Olivia ladea la cabeza hacia mí. "De mi padre. ¿Qué pasa? Parece que hayas visto un fantasma".

El hermano de su padre. Es un Gallagher. Damien Gallagher. El padre de mi bebé.

Murmuro alguna excusa sobre las náuseas del embarazo y salgo corriendo. En cuanto salgo por la puerta, lo busco en el móvil como una posesa.

Y ahí está. Damien Gallagher, capitalista de riesgo. Aparece el sitio web de su empresa, con información de contacto y todo.

Me desplomo en el coche, con la cabeza en blanco. Después de semanas deseando saber su apellido, lo he encontrado: vive a veinte minutos de aquí, nada menos. Ha estado aquí todo el maldito tiempo.

Respiro hondo y tomo una decisión. Mañana. Mañana llamaré a su despacho y le diré a Damien que va a ser padre.

Apoyo la mano en el vientre mientras me dirijo a casa. "Parece que tu papá va a saber de ti, pequeña", murmuro.



Me tiembla tanto la mano que apenas puedo sujetar el teléfono mientras miro fijamente el número del despacho de Damien. Con cada segundo que pasa, el nudo de mis tripas se aprieta más. Me trago el vómito que quiere salir.

No seas cobarde. Es sólo una maldita llamada telefónica.

Pero no lo es, ¿verdad? Esta llamada podría cambiarlo todo: para mí, para Damián, para el pequeño frijol que brota en mi vientre. Me llevo la mano al estómago sin pensarlo.

Pulso el botón de llamada antes de que pueda acobardarme de nuevo. El timbre resuena en mi cráneo. Por favor, contesta, por favor, contesta...

"Empresas Gallagher, ¿cómo puedo dirigir su llamada?" La recepcionista suena como un robot, pulida y distante.

"Tengo que hablar con Damien Gallagher". Hablo demasiado deprisa, las palabras tropiezan unas con otras. "Es urgente".

"Lo siento, el Sr. Gallagher está reunido todo el día. ¿Puedo dejarle un mensaje?"

¿Un mensaje? ¿Qué se supone que tengo que decir? "Hola Damien, ¿te acuerdas de mí? Adivina".

Me trago el nudo que tengo en la garganta. "Por favor, de verdad que necesito hablar con él directamente. Si pudieras...".

"Como te he dicho -me interrumpe, sin ningún atisbo de calidez-, el Sr. Gallagher no está disponible. Estaré encantada de transmitirle un mensaje si lo desea".

Las lágrimas me arden detrás de los ojos, pero las reprimo con un parpadeo. "¿Puedes decirle al menos que ha llamado Amanda? ¿Desde el complejo? Sabrá lo que significa".

Silencio, luego el tintineo de un teclado. "Se lo haré saber. ¿El mejor número para localizarte?"

Traqueteo con el móvil y luego lo suelto como si me hubiera mordido. Me acurruco en el sofá, enterrando la cara en una almohada. El algodón absorbe las lágrimas que finalmente se

derraman.

¿Qué esperaba? ¿Que me esperara junto al teléfono? Yo era un punto en su radar, un recuerdo borroso de una aventura.

Pero merece saberlo. Ahora estamos unidos por el diminuto latido de un corazón acurrucado bajo el mío. Así que espero.

La tarde se alarga, las sombras se extienden por el suelo. Cada vez que suena el teléfono, me abalanzo sobre él, con el nombre de Damien en la punta de la lengua. Pero nunca es él. Nunca es la llamada que espero desesperadamente.

Cae la noche y la esperanza de mi pecho se apaga. Ahora sólo estoy cabreada. Las lágrimas se secaron hace horas, dejando mi rostro quebradizo. La ira hierve a fuego lento en mi sangre.

Que se joda por no devolverme la llamada. Me abrazo al medio, acunando mi secreto. No pasa nada, cariño. Tú y yo lo resolveremos. No le necesitamos.

Incluso mientras lo pienso, sé que miento. Nunca he necesitado más a nadie.

Capítulo 11



DAMIEN

El ascensor suena y las puertas se abren. Salgo a grandes zancadas al acogedor vestíbulo de Empresas Gallagher. A mi empresa le va lo bastante bien como para tener una oficina ostentosa, pero yo prefiero un entorno de trabajo hogareño. Que trabajemos duro no significa que tengamos que ser estirados.

"Buenas tardes, Sr. Gallagher", me saluda Jessica, mi recepcionista. "Alguien ha llamado mientras estabas fuera. Tiene un mensaje".

"¿Puede esperar?" No interrumpo mi marcha mientras me dirijo a la sala de conferencias. "Ya llego tarde a mi próxima reunión".

"Creo que querrás coger éste". Jessica se levanta y te tiende un trozo de papel. "Ha llamado una mujer llamada Amanda. Dijo que era del complejo y que tú sabrías lo que significaba".

Me quedo paralizada a medio paso, mi mano busca automáticamente la nota mientras mi pulso se acelera. Amanda. Su piel cremosa contra las sábanas blancas, su olor, sus gemidos jadeantes en la oscuridad: las imágenes pasan por mi mente con todo lujo de detalles.

Escaneo el mensaje: sólo su nombre y un número de teléfono, sin más detalles. Se me revuelve el estómago. ¿Por qué iba a llamarme ahora, semanas después? Una docena de escenarios inquietantes pasan por mi cabeza.

"Gracias, Jessica", digo, manteniendo el rostro neutro. Me meto el papel en el bolsillo, intensamente consciente de ello. "Me ocuparé de ello más tarde".

Asiente, pero capto el brillo especulativo de sus ojos. Jessica lleva años trabajando para mí y sabe cuándo algo va mal. Niego con la cabeza y continúo hacia la sala de conferencias, con la habitual adrenalina previa a la reunión mezclada inquietamente con una extraña sensación de temor.

El día pasa borroso mientras lucho por evitar que un acuerdo multimillonario haga implosión. A pesar de todo, no dejo de pensar en ese trozo de papel que me hace un agujero en el bolsillo y se clava en mi conciencia.

Me digo que llamaré en cuanto tenga un momento libre, pero ese momento nunca llega. Antes de darme cuenta, sólo hay oscuridad fuera de mis ventanas.

Me reclino en la silla y me paso una mano por la cara, sintiendo el rasguño de la barba incipiente y el latido de una cefalea tensional. Dios, ¿cuánto tiempo llevo así? El reloj confirma que son más de las nueve de la noche.

La oficina está desierta, el personal hace tiempo que se fue. Yo no. Estaré aquí un par de horas más, vadeando el papeleo.

Inquieta, me levanto para caminar, pero me encuentro en la ventana, mirando sin ver las farolas del camino del parque de al lado. Inconscientemente, me llevo la mano al bolsillo y toco el papel arrugado.

Amanda. Aquella noche en el hotel me viene de golpe: el deslizamiento resbaladizo de su piel contra la mía, el calor de su boca, la forma en que sentí que veía mi verdadero yo. El hombre que quiero ser.

Sacudo la cabeza, asqueado de mí mismo. ¿Qué demonios me pasa, que pierdo así la concentración por una mujer con la que pasé una noche? Tengo que controlarme.

Doy una zancada hacia mi escritorio y saco la nota, alisándola sobre la reluciente superficie. Diez pequeños dígitos se desdibujan ante mis ojos cansados. Debería llamarla. Sólo para ver qué quiere. Acabar con esta distracción para poder centrarme en lo que de verdad importa: hacer felices a mis clientes.

Mi mano se cierne sobre el teléfono, vacila. Si fuera realmente importante, habría dicho más en su mensaje, ¿no? ¿Habría dejado alguna pista sobre el motivo de su llamada?

Llamaré mañana, racionalizo, guardándome el periódico en el bolsillo. A primera hora. En cuanto llegue a la oficina.

Ignorando el malestar que se me agolpa en las tripas, vuelvo al ordenador, decidida a enterrarme en el trabajo y a exorcizar de mi mente todo pensamiento sobre Amanda. Pero incluso mientras lo hago, algún instinto me susurra que esto está lejos de acabar.

Capítulo 12



AMANDA

Pasan las horas desde que llamé a Damien, y cada minuto aumenta la tensión que se acumula en mis entrañas mientras miro fijamente el teléfono, deseando que suene. ¿Acaso aquella noche increíble no significó nada para él? ¿Me ha olvidado ya?

Camino por el salón, con la palma de la mano acariciando distraídamente mi estómago. La pequeña vida que bulle en mi interior me vuelve impulsiva. Cojo el móvil y tecleo el número del despacho de Damien, con los dedos temblorosos. Es tarde, pero voy a ver si puedo dejar un mensaje de voz.

Un anillo. Dos. Tres. Estoy a un latido de colgar cuando la línea hace clic.

"Empresas Gallagher". Su timbre profundo me inunda.

Se me agarrotan los pulmones. "¿Damien?" Respiro su nombre como una plegaria.

El silencio se alarga, marcado por su respiración uniforme. Imagino su hermoso rostro, con el ceño fruncido y la mandíbula tensa mientras intenta localizar mi voz.

"Sí, Damien Gallagher. ¿Quién es?"

Trago saliva. "Es... Amanda. Del centro turístico".

Otra pausa cargada. "Amanda", dice, cada sílaba medida. "Esto es... inesperado".

Una risa aguda me arranca la garganta. "Sí, podría decirse que sí".

"¿Por qué llamas?"

Su pregunta brusca destroza mi aplomo. Los discursos que practicaba se disuelven.

"Estoy embarazada", suelto. "Es tuyo".

El silencio se apodera de mí como el plomo. La sangre ruge en mis oídos, armonizando con las mariposas de mi vientre.

"Ya... veo", murmura Damián, con las palabras hilvanadas. "¿Y estás... seguro?".

"Sí", afirmo, con la convicción resonando en mi tono. "Al cien por cien".
Se aclara la garganta. "Bien. Bueno, supongo que quieres... apoyo".
Me doy cuenta de que se refiere a dinero. ¿Cree que puede pagarme para que me vaya? ¿Como si yo fuera un inconveniente que hay que manejar? Pensarlo me duele más de lo que espero.
"No", siseo. "No quiero nada de ti. Estúpidamente pensé que deberías saberlo. Obviamente, me equivoqué".
"Amanda, espera..."
Pulso el botón de finalización y tiro el teléfono antes de desplomarme sobre la alfombra. ¿Cómo pude ser tan ingenua de imaginar que a Damien le importaría una mierda yo o nuestro bebé? Que no me devolviera la llamada debería habérmelo dicho. Mierda, ¿y si estoy exagerando? Debería haberle dado la oportunidad de hablar.
Las lágrimas resbalan por mis mejillas. Me acuno el estómago, hablándole, sabiendo que en realidad me estoy hablando a mí misma. "Shh, pequeña habichuela. Estaremos bien, tú y yo. Al diablo con él".
El sonido de un mensaje de texto me sobresalta. Cojo el móvil y compruebo la pantalla. Un número desconocido.

Desconocido:

Amanda, lo he manejado mal. Me ha pillado desprevenida. ¿Podemos hablarlo cara a cara? - Damien

Miro embobada el mensaje, con el optimismo y la autopreservación luchando en mi interior. Quiero proteger a mi hijo nonato y a mí misma de más dolor, pero un susurro me convence de que mi bebé merece la oportunidad de conocer a su padre.... Y me vendría bien el apoyo de Damien.

Me tiemblan los dedos al pulsar una respuesta.

Amanda:

Bien. ¿Cuándo y dónde?

Su respuesta es instantánea.

Damien:

Mañana, a la 1 de la tarde. En el café de enfrente de tu apartamento. ¿Te viene bien?

Se me arruga la frente. ¿Sabe dónde vivo? Entonces caigo en la cuenta. Seguro que Olivia se lo ha dicho.

Amanda:

Vale, nos vemos entonces.

Dejo caer el teléfono y por mi mente circulan varias hipótesis. ¿Querrá Damien formar parte del futuro de nuestro hijo, u ofrecerá dinero para evitar cualquier compromiso? ¿Cómo me sentiré cuando le vea? ¿Seguiremos teniendo esa conexión loca y ardiente, o sólo fue una locura tropical?

Mientras me preparo para ir a la cama, soy una maraña de pensamientos contradictorios. Me meto bajo el edredón, me cubro el medio con la palma de la mano y caigo en un sueño agitado. Necesito que mañana acabe para dejar de preguntarme cosas.

Capítulo 13



DAMIEN

Las palabras de Amanda resuenan en mi cabeza durante unos minutos después de que me cuelgue. Está embarazada. Está embarazada. De mi hijo.

Me reclino en la silla de cuero de mi despacho, con la mente en blanco. Amanda. La mujer del complejo turístico. La que no he podido sacarme de la cabeza durante semanas. Y ahora...

"Joder", murmuro, pasándome una mano por el pelo.

He construido mi vida sobre una planificación cuidadosa, sobre riesgos calculados. Esto... esto no es nada de eso. Esto es caos, puro y simple.

Mi primer instinto es llamar a mi abogado. Para protegerme a mí misma, mis bienes, mi reputación. Pero algo me detiene. La fuerza en la voz de Amanda cuando dijo que estaba segura. El dolor en su tono cuando pensó que le estaba ofreciendo dinero.

Cierro los ojos y me invaden los recuerdos de la noche que pasamos juntos. Su risa, desinhibida y genuina. La suavidad de su piel bajo mis dedos. La conexión que sentí, tan inesperada.

Antes de que pueda disuadirme, le envío un mensaje pidiéndole que quedemos. Cuando acepta, me invade una mezcla de alivio y ansiedad. Mañana. Mañana volveré a verla. Mañana averiguaremos qué significa esto.

Apenas dormí esa noche, con la mente desbordada de posibilidades.

****

Cuando llego a la cafetería al día siguiente, ya me he planteado mil situaciones.

La veo nada más entrar. Está sentada en una mesa de la esquina, con las manos alrededor de una taza. Parece... diferente. Más suave, con un brillo suave que no recuerdo de antes. El embarazo le sienta bien.

Al acercarme, sus ojos se encuentran con los míos y, por un momento, olvido cómo respirar.

"Amanda", digo, con la voz más áspera de lo que pretendo.
"Damien", responde ella, con tono cauteloso.
Me siento frente a ella, sin saber qué decir a continuación. ¿Cómo se empieza una conversación así?
"Tienes buen aspecto", consigo decir por fin, encogiéndome inmediatamente por lo inadecuado que suena.
Ella levanta una ceja. "Gracias. Estás... igual".
Se hace un silencio incómodo entre nosotros. Me aclaro la garganta y decido ir al grano. "Así que estás embarazada".
Amanda asiente, y su mano se mueve inconscientemente para posarse sobre su vientre aún plano. El gesto hace que todo esto sea repentina y aterradoramente real.
"¿De cuánto estás?" pregunto, intentando mantener la voz firme.
"Unas ocho semanas", dice. "Ocurrió aquella noche en el centro turístico".
Asiento con la cabeza, haciendo cuentas. Encaja. "¿Y... te lo vas a quedar?".
Sus ojos brillan con algo: ¿rabia? ¿determinación? "Sí, lo estoy. Mira, no he venido a pedirte nada. Sólo pensé que tenías derecho a saberlo".
"Te lo agradezco", digo, y lo digo en serio. "Pero seguro que tienes algunas expectativas. Alguna idea de lo que quieres de mí".
Amanda suspira, con los hombros ligeramente caídos. "¿Sinceramente? No lo sé. He estado tan concentrada en averiguar cómo decírtelo que no he pensado más allá de eso".
Me reclino en la silla, estudiándola. Me doy cuenta de que parece cansada. Asustada, quizá. Pero también tiene fuerza, una determinación que admiro.
"¿Qué quieres, Damián?", pregunta ella, con voz suave pero firme.
Es una pregunta cargada, para la que no estoy seguro de tener respuesta. ¿Qué es lo que quiero? ¿Fingir que esto nunca ha ocurrido? ¿Volver a mi vida cuidadosamente ordenada? O...
"Quiero participar", digo, sorprendiéndome a mí misma. "Aún no sé cómo es eso, pero... quiero estar ahí. Por ti. Para el bebé".
Los ojos de Amanda se abren de par en par, una mezcla de emociones recorre su rostro. "¿En serio?"
Asiento con la cabeza, sintiéndome más segura a cada momento que pasa. "Sí, quiero. Sé que esto no es lo que ninguno de los dos habíamos planeado, pero está ocurriendo. Y quiero hacer lo correcto por ti y por nuestro hijo".
Nuestro hijo. Las palabras se sienten extrañas en mi lengua, pero no desagradables.

Los ojos de Amanda se llenan de lágrimas, y por un momento me entra el pánico, pensando que he dicho algo equivocado. Pero entonces ella sonríe, una sonrisa auténtica y genuina que hace que mi corazón se acelere.

"Gracias", susurra. "Yo... tenía tanto miedo de que no quisieras tener nada que ver con nosotros, y no tengo familia que me ayude".

Dios mío. Su vulnerabilidad y su confesión de que no tiene familia me golpean en las entrañas, y de repente quiero abrirme completamente a ella. Ahora no puedo abandonarla. Cruzo la mesa y cojo su mano entre las mías. "No voy a fingir que no estoy aterrorizada", admito. "Esto es... mucho. Pero estamos juntos en esto, ¿vale?".

Ella asiente, apretándome la mano. "Vale".

Pasamos la siguiente hora hablando, hablando de verdad. Sobre su trabajo en la organización sin ánimo de lucro, sobre mi empresa, sobre nuestras familias (o la falta de ellas, en el caso de Amanda). Sobre nuestros miedos y esperanzas ante este embarazo inesperado.

Mientras hablamos, me encuentro relajada, incluso riéndome a veces. Amanda tiene un ingenio rápido y una forma de ver el mundo refrescantemente distinta de la gente de la que suelo rodearme.

Cuando por fin salimos de la cafetería, de alguna manera me siento más ligera. Aún insegura de lo que me depara el futuro, pero... esperanzada.

"Entonces, ¿qué pasa ahora?" pregunta Amanda mientras estamos en la acera.

Respiro hondo. "Ahora... resolveremos esto. Juntos. ¿Puedo llevarte a cenar mañana por la noche? Podemos hablar más, hacer planes".

Ella sonríe, asintiendo. "Me gustaría".

Hicimos planes para que yo la recogiera mañana por la tarde y, mientras la veo alejarse, me doy cuenta de algo. No había planeado que mi vida fuera así. Es desordenada y complicada, pero por primera vez en mucho tiempo, me siento... emocionada.

De vuelta en mi despacho, cancelo mis reuniones de la tarde y hago una búsqueda en Internet sobre "cómo no joder la paternidad".

Al empezar a leer, sonrío. Damien Gallagher, futuro padre. Suena bien.

Capítulo 14



AMANDA

El estridente pitido de mi despertador me sobresalta y, por un momento, olvido todo lo que ha pasado. Entonces todo vuelve de golpe: el embarazo, la búsqueda de Damien, nuestro encuentro en el café. Gimo y entierro la cara en la almohada mientras una oleada de náuseas me golpea.

"Buenos días, pequeño", murmuro, colocando una mano sobre mi vientre aún plano. "¿Crees que hoy podrías tomártelo con calma con mamá?".

Como en respuesta, me invade otra oleada de náuseas. A duras penas consigo llegar al baño a tiempo.

Una hora más tarde, estoy en mi mesa, mordisqueando galletas saladas y deseando que se me asiente el estómago. La oficina bulle a mi alrededor y me siento desconectada, como si lo observara todo a través de una bruma.

"Tierra a Amanda", la voz de Talía atraviesa mi niebla. Está apoyada en mi cubículo, con la preocupación grabada en el rostro. "Pareces la muerte recalentada, cariño".

Consigo esbozar una débil sonrisa. "Gracias. Es exactamente el aspecto que buscaba".

Los ojos de Talía se entrecierran. "¿Son otra vez las náuseas matutinas?".

Asiento con la cabeza, sintiendo que se acerca otra oleada de náuseas. "Más bien son náuseas de todo el día. No sé cómo voy a superar esta reunión de propuestas".

"Quizá deberías hablar con Linda", sugiere Talía. "Ha sido muy comprensiva con todo".

Como si nada, Linda aparece en mi cubículo. "Amanda, ¿tienes un momento?"

La sigo hasta su despacho, intentando ignorar el revoltijo en mi estómago.

"¿Cómo te encuentras?" pregunta Linda mientras nos sentamos. "Y no digas 'bien' porque pareces cualquier cosa menos eso".

Suspiro, dejándome caer en la silla. "¿Sinceramente? Me encuentro fatal. Las náuseas matutinas me están dando una paliza".

Linda asiente con simpatía. "Recuerdo aquellos días. Mira, quiero que sepas que tu salud -y la del bebé- es lo primero. Si necesitas tomarte un tiempo libre o trabajar desde casa, sólo tienes que decirlo".

Se me saltan las lágrimas ante su amabilidad. "Gracias, Linda. Eso significa mucho".

"Por supuesto", dice ella afectuosamente. "Ahora, ¿por qué no te vas a casa a descansar? La proposición puede esperar hasta mañana".

Agradecida por el respiro, recojo mis cosas y salgo. Cuando salgo, mi teléfono recibe un mensaje de Damien.

Damien:

¿Sigue en pie lo de cenar esta noche?

Mi corazón palpita al responder.

Amanda:

Me voy a casa a descansar, pero esta noche sigo en pie.

Esa noche, el nerviosismo se apodera de mí mientras me preparo para la cena. Damien y yo vamos a tener un bebé juntos, pero apenas nos conocemos. Es surrealista.

Me estoy arreglando el pelo cuando mi teléfono vuelve a zumbar.

Damián:

Estoy fuera. Tómate tu tiempo para bajar.

Mi corazón se acelera mientras cojo el bolso y bajo las escaleras. Damien me espera junto a un sedán azul de aspecto nuevo, devastadoramente guapo en vaqueros y camiseta. Por un momento, me siento transportada a aquella noche en el hotel.

"Amanda", dice, con voz cálida. "Estás preciosa".

Me sonrojo, consciente de repente de lo fina que es la tela de mi vestido de verano. "Gracias. Tú también te limpias muy bien".

Me abre la puerta del coche y su mano me roza la parte baja de la espalda mientras me deslizo dentro. El roce me hace sentir un escalofrío, recordándome cómo se sentían sus manos sobre mi piel desnuda.

El restaurante es íntimo y acogedor, con una iluminación suave y música tranquila de fondo. Mientras nos acomodamos en nuestro reservado, no puedo evitar sentir una chispa de atracción, a pesar de las circunstancias.

"¿Cómo te encuentras?" pregunta Damián, con ojos preocupados.

Me encojo de hombros. "Mejor ahora que he descansado. Las náuseas van y vienen".

Cruza la mesa y toma mi mano entre las suyas. "Siento que estés pasando por esto. ¿Hay algo que pueda hacer?"

La genuina preocupación en su voz me pilla desprevenida. "Sólo... ten paciencia conmigo, supongo. Todo esto es territorio nuevo".

"Estamos juntos en esto", dice apretándome la mano. "Para lo que necesites, aquí estoy".

Mientras hablamos durante la cena, me sorprende lo fácil que es estar con Damián. Compartimos historias de nuestra infancia, nos reímos con anécdotas del trabajo y hablamos de nuestras esperanzas y temores para el futuro. Se parece menos a una primera cita que a reencontrarse con un viejo amigo. Incluso la diferencia de edad parece no importar, y tenemos mucho de qué hablar.

"¿Puedo preguntarte algo?" digo mientras terminamos el postre. "¿Por qué decidiste participar? Podrías haberte largado fácilmente".

Damián se queda callado un momento, haciendo girar el agua de su vaso. "¿Sinceramente? No estoy del todo seguro. Pero cuando me hablaste del bebé, algo cambió. Me he pasado toda la vida centrado en los negocios, pero de repente, nada de eso parecía importante".

Sus palabras hacen que se me hinche el corazón. Sin pensarlo, me inclino sobre la mesa y le beso suavemente. Damien responde de inmediato, me agarra la cara con la mano y profundiza el beso.

Cuando nos separamos, los dos estamos sin aliento.

"Me gustaría seguir viéndote", murmura Damien. "No sólo por el bebé, sino porque quiero conocerte, Amanda. A toda tú".

Asiento con la cabeza, una sonrisa se dibuja en mi cara. "A mí también me gustaría".



La semana siguiente es un torbellino de trabajo y momentos robados con Damien. Nos escribimos constantemente, compartiendo desde detalles mundanos de nuestros días hasta lo que nos gusta y disgusta del otro. Con cada conversación, con cada risa compartida, me siento más enamorada.

Antes de que me dé cuenta, ha llegado la hora de nuestra primera ecografía. Damien se reúne conmigo en la consulta del médico, tan nervioso como yo.

"¿Listo para esto?", me pregunta, cogiéndome la mano mientras entramos.

Le aprieto la mano. "Como nunca lo seré".

El gel de mi vientre está frío, y me estremezco. Damián está a mi lado, con la mano en mi hombro, mientras el técnico mueve la varita sobre mi vientre.

Y entonces lo oímos: un silbido rápido y rítmico llena la habitación.

"Son los latidos del corazón de tu bebé", dice el técnico sonriendo.

Se me saltan las lágrimas al mirar la imagen granulada de la pantalla. Aún no parece gran cosa, pero es nuestro. Nuestro bebé.

Levanto la mirada hacia Damián y me sorprende ver que también le brillan los ojos. Se inclina y me da un beso en la frente.

"Gracias", susurra. "Por darme esto".

Después de la cita, caminamos hasta un parque cercano, ambos ensimismados. Por fin, Damián rompe el silencio.

"¿Te molesta? ¿La diferencia de edad entre nosotros?"

Considero esto. "No, sinceramente no lo noto mucho. Pero estamos en etapas diferentes de la vida. ¿Estás segura de que no te molestará tener un bebé cuando estás tan centrada en tu carrera?".

Damián asiente, con el ceño fruncido. "Lo he pensado, pero quiero algo más en la vida que trabajar. Cuando estoy contigo, no pienso en nuestra edad. Me desafías, me haces reír, me haces ver el mundo de otra manera. Simplemente me siento bien".

Sus palabras hacen que mi corazón se acelere. Dejo de caminar y me giro para mirarle. "¿Cuántos años *tienes* exactamente?"

Sólo sé que es tío de Olivia, así que probablemente tenga una edad cercana a la de su padre.

Se ríe. "Tengo cuarenta y nueve años. ¿Y tú?"

Oh Dios, quizá soy demasiado joven para él. "Tengo veintiocho años".

Veo en sus ojos que ha echado cuentas. Sí, veintiún años de diferencia.

Damien me toma la cara entre las manos, con sus ojos grises intensos. "No puedo predecir el futuro, Amanda. Pero sé que lo que siento por ti es real y quiero ver adónde lleva esto. ¿Y tú?"

En lugar de responder, me pongo de puntillas y le beso. Damien responde de inmediato, me rodea con sus brazos y tira de mí. El beso se hace más profundo y me pierdo en su tacto y su sabor.

Cuando por fin nos separamos, ambos respiramos con dificultad.

"Lo tomaré como un sí", murmura.

Me río, sintiéndome más ligera de lo que me he sentido en semanas. "Definitivamente, sí... viejo".

Me sonríe, y mientras caminamos de vuelta al coche de Damien, cogidos de la mano, no puedo evitar una sensación de esperanza. Así no es como imaginaba que iría mi vida, pero Damien parece que va a ser un buen padre... y posiblemente algo más.

Sean cuales sean los retos que nos esperan, es bueno saber que no me enfrentaré a ellos sola. Y por ahora, eso es suficiente.

Capítulo 15



DAMIEN

Es estúpidamente tarde, pero no puedo dormir, mi cerebro da vueltas con pensamientos sobre Amanda, el bebé y lo mucho que está a punto de cambiar mi vida. Llevo horas acurrucada en el salón, consultando páginas web sobre bebés. Las palabras se confunden mientras el cansancio me atenaza.

Me froto los ojos ardientes y me reclino en el sofá con un gemido. Si hace un año alguien me hubiera dicho que pasaría la noche en vela buscando artículos para el bebé, me habría reído en su cara. Pero aquí estoy, rudo capitalista de riesgo de día, nervioso futuro padre de noche. Menudo puto viaje.

Mi teléfono zumba con un mensaje de Amanda. "¿Estás despierta? No puedo dormir".

Sonrío y se me calienta el pecho al contestar. "Lo mismo. ¿Quién iba a decir que los bebés necesitaban tanta mierda? ¿Cómo te encuentras?"

"Excitado. Aterrorizado. Con náuseas. Lo de siempre", contesta, y luego añade un emoticono de corazón que hace que me tiemble el pulso.

Enviamos mensajes de texto durante un rato, compartiendo nuestras esperanzas y temores sobre la inminente paternidad. Estas charlas nocturnas se han convertido en algo habitual. Con cada conversación, me enamoro más de ella y de la vida que accidentalmente hemos creado juntas.

Cuando por fin me meto en la cama, lo último que pienso es en la sonrisa de Amanda y en cómo ilumina todo su precioso rostro.

A la noche siguiente, entro en un centro comunitario lleno de tíos de aspecto nervioso. Me siento viejo y fuera de lugar en esta sala de veinteañeros y treintañeros. Recuérdame por qué pensé que una clase de paternidad era una buena idea.

"Muy bien, futuros papás, ¡empecemos!". La alegre instructora, Brenda, da una palmada. "Vamos a ir presentándonos. Di tu nombre, el grado de embarazo de tu pareja y lo que más te asusta de la paternidad".

Uno a uno, estos jóvenes hablan de sus miedos a no ser suficientemente buenos padres. Cuando llega mi turno, me aclaro la garganta, me tiemblan las manos, joder. Contrólate, Gallagher.

"Soy Damien. Mi... Amanda está de 10 semanas". No sé cómo llamarla, y se me quiebra la voz al pronunciar su nombre. "Mi mayor miedo es estar demasiado acomodado para conectar con mi hijo".

Brenda me sonríe tranquilizadora. "Eso es muy normal. Estás aquí, y eso es lo que importa".

La clase no está tan mal. Practicamos sujetando bebés de plástico y cambiando pañales. Tomo notas mentales como si volviera al colegio, decidida a no cagarla.

En un descanso, un tipo llamado Tyler me charla. "¿El primero?", me pregunta con una sonrisa.

"¿Tan obvio?"

"No, aquí todos somos novatos, si no, ¿por qué estaríamos aquí? ¿Cuántos años tienes?"

"49", digo, esperando a que haga cuentas y me juzgue.

Tyler ni se inmuta. "Guay, guay. Mi padre era mayor cuando me tuvo. Dijo que eso le hizo mejor padre, ¿sabes? Más paciente, más estable económicamente".

Su fácil aceptación de mi edad y sus palabras alivian parte de la tensión que arrastro. "Gracias, Tyler. Necesitaba oírlo".

Mientras conduzco de vuelta a casa, siento un propósito renovado. La clase ha hecho que todo parezca más real, más inmediato. Quiero estar presente en cada momento: la primera patada, la primera palabra, los primeros pasos. Y quiero compartirlo todo con Amanda.

Me doy cuenta de ello como una tonelada de ladrillos: Me estoy enamorando de ella.

De vuelta a mi casa, me ocupo de preparar la cena. Le prometí a Amanda que le prepararía mi famosa paella, y pienso cumplirlo.

El sonido del timbre me produce una sacudida. Me limpio las manos en una toalla y voy a abrir, con el corazón acelerado.

Amanda está de pie, una visión con un vestido fluido. No tiene una barriguita visible, pero de repente me gustaría que la tuviera. Me encantaría verla redonda con mi hijo. Lleva el pelo castaño suelto sobre los hombros y las mejillas sonrojadas por el calor del verano.

Sonríe tímidamente. "Hola".

"Hola", respiro. "Estás preciosa".

Se sonroja y entra. "Tú tampoco tienes mal aspecto, chef".

La conduzco a la cocina, donde la paella se está cociendo a fuego lento. Amanda inhala profundamente, cerrando los ojos en señal de agradecimiento.

"Mmm, huele de maravilla. Llevo todo el día con antojo de algo casero".

Sonrío y le acerco una silla a la isla de la cocina. "Bueno, mi objetivo es complacer. ¿Vino para mí, agua con gas para ti?".

Ella asiente, acomodándose en el taburete. "¿Qué tal la clase de paternidad?".

Mientras sirvo nuestras bebidas y doy los últimos toques a la cena, le hablo de la clase, de sentirme fuera de lugar al principio pero luego encontrar mi sitio.

"Me alegro de que saliera bien", dice. "Hay que tener agallas para exponerse así".

Me acerco a ella y la rodeo con los brazos. "Me ha hecho darme cuenta de algo. Quiero estar ahí para todo. En cada cita, en cada hito. Quiero ser un padre de verdad, no sólo un proveedor económico".

Sus ojos se suavizan. "Yo también quiero eso. Me gustaría que nuestro bebé tuviera una familia cariñosa".

La palabra "familia" me estremece. Me inclino hacia ella, le agarro la cara con la mano libre y la beso suavemente. Ella responde con entusiasmo, separando los labios bajo los míos.

Nos interrumpe el temporizador del horno. Me aparto de mala gana, riendo entre dientes. "El deber me llama. ¿Listo para probar la mejor paella de tu vida?".

"Adelante".

El estómago de Amanda gruñe audiblemente, y los dos nos reímos mientras se lo sirvo.

Mientras comemos, hablamos de nuestra infancia y de nuestros sueños para el futuro. A cada momento que pasa, me doy cuenta de lo increíble que es realmente.

Después de cenar, nos trasladamos al sofá del salón. Amanda se acurruca a mi lado, con la cabeza apoyada en mi hombro.

"Damián", dice en voz baja, "¿qué estamos haciendo?".

Me tenso ligeramente. "¿Qué quieres decir?"

Se incorpora y se vuelve hacia mí. "Esto. Nosotros. ¿Somos sólo dos personas que por casualidad han tenido un bebé juntas? ¿O es algo más?"

Respiro hondo, sabiendo que éste es mi momento para ser sincera. "Para mí no se trata sólo del bebé. Me importas tú, profundamente".

Ella sonríe suavemente. "Yo siento lo mismo. Pero me da miedo. ¿Y si vamos demasiado deprisa? ¿Y si estamos dejando que el embarazo nos nuble el juicio?".

Tomo sus manos entre las mías. "La vida no siempre sigue una línea temporal perfecta. Sé lo que siento por ti y quiero ver adónde va esto. Si me aceptas".

No estoy preparada para decirle exactamente lo mucho que significa para mí, pero puedo decir que mis palabras la hacen feliz.

Tiene un brillo interior que hace que se me apriete el corazón mientras se acurruca contra mi costado. "Te tendré".

Levanto la cara y la beso apasionadamente. Ella responde con avidez, deslizando las manos por mi pecho hasta rodearme el cuello. Cuando profundizo el beso, se abre para mí con un suave gemido. Es suave en todos los lugares adecuados, y le acaricio los costados hasta llegar a la turgencia de sus pechos. Amanda se arquea ante mis caricias y un ronroneo le resuena en la garganta. Su sabor es embriagador y mis sentidos se tambalean. Noto cómo se le endurecen los pezones a través de la fina tela de su vestido, y no puedo resistirme a juguetear suavemente con ellos, haciéndola jadear de lo sensibles que están.

Recorro con los labios su mandíbula y desciendo por su cuello, deteniéndome allí para chupar suavemente mientras rozo su piel con los dientes.

Le tiembla el pulso mientras murmuro contra su cuello: "¿Quieres más?".

"Sí", gime. "Por favor, te necesito".

Sus palabras encienden un fuego en mí, un hambre primitiva que exige ser saciada. Me levanto y la cojo en mis brazos. Suelta una carcajada sorprendida, le brillan los ojos y me rodea el cuello con los brazos. Noto el calor de su cuerpo a través del vestido. Estar tan cerca de ella envía una sacudida de deseo directamente a mi polla, que palpita en respuesta.

La llevo al dormitorio, nuestras bocas fundidas en un beso desesperado y hambriento. Sin romper la conexión, me dirijo a grandes zancadas hacia la cama. La tumbo y me tomo un momento para apreciar lo perfecta que está en mi cama. Tiene el pelo revuelto y los labios hinchados por nuestros besos. Nunca había estado tan hermosa, y estoy dispuesto a adorar cada centímetro de ella.

Me tomo mi tiempo para desnudarla, queriendo prolongar cada momento. Le abro la cremallera del vestido, le quito los tirantes de los hombros mientras la beso por la clavícula y me detengo en sus pechos. Ella arquea la espalda, ofreciéndose a mí, y yo me meto un pezón en la boca, chupándolo suavemente y acariciándolo con la lengua.

Su respiración se entrecorta, un jadeo que es mitad placer, mitad súplica. "Damián..."

Engancho los dedos en la cinturilla de sus bragas, las bajo lentamente, revelando la curva de sus caderas, la suavidad de sus muslos. Beso cada centímetro de su piel como si fuera sagrada,

deteniéndome en las pecas y los lunares, las imperfecciones que la hacen real. Cuando por fin está desnuda ante mí, me detengo, con la mirada fija en la suave hinchazón de su vientre, la prueba de nuestras vidas entrelazadas.

"Eres jodidamente hermosa", susurro, las palabras crudas y sinceras.

Desciendo y la beso justo por encima del ombligo; mis manos agarran sus caderas y los pulgares trazan círculos en su piel. A medida que desciendo, beso el interior de sus muslos mientras ella tiembla. Huelo su excitación, dulce y embriagadora, y me vuelve loco. Hundo la cara en su coño, saboreándolo, provocándola con la lengua. Grita, sus dedos se enredan en mi pelo, sus caderas se agitan contra mi boca.

Me tomo mi tiempo, explorando sus pliegues, su clítoris, su entrada, aprendiendo lo que la hace gemir, lo que la hace suplicar. Cuando jadea, se retuerce, desesperada por liberarse, finalmente cedo a mi propio deseo.

Me levanto, me despojo de la ropa rápidamente, con la polla dolorida. Me arrastro hasta la cama y me acomodo entre sus piernas, con los brazos apoyados en la cama junto a su cabeza. Sus ojos reflejan el mismo hambre y desesperación que siento por ella.

"Te necesito", susurra, mientras recorre con sus manos mis abdominales y mi vientre. Cuando llega a mi polla, la envuelve firmemente con su agarre de seda. Su tacto me provoca sacudidas de placer.

Me ayuda a guiarme hasta su entrada y, en cuanto noto su humedad, empujo lentamente, centímetro a centímetro. Está apretada, jodidamente apretada, y tengo que apretar los dientes para no perder el control.

"Damián", gime ella, sus piernas rodeando mi cintura, atrayéndome más profundamente. "Por favor..."

Empiezo a moverme, despacio al principio, cada embestida deliberada, cada retirada una prueba de mi autocontrol. Sus caderas se elevan al encuentro de las mías, como si no quisiera que me retirara. Todo es distinto a nuestra noche en el hotel: menos frenético, más tierno. Cada roce, cada beso es una confirmación de los sentimientos crecientes que sentimos el uno por el otro.

A medida que avanzamos juntos, me siento abrumada por la profundidad de mis emociones. No es sólo el placer físico, aunque es intenso y me consume. Es la mirada en sus ojos, la confianza en su tacto, el saber que esto es sólo el principio de lo nuestro. Es darme cuenta de que esta mujer, esta hermosa, fuerte e increíble mujer, es mía. Y yo soy suya.

Pero es demasiado pronto para decírselo. No quiero asustarla. Además, tenemos todo el tiempo del mundo.

A medida que aumenta la intensidad entre nosotros, se agita contra mí y grita. Su orgasmo se abate sobre ella mientras se estremece y su coño se aprieta en torno a mi polla, amenazando con deshacerme por completo. Decidido a prolongar su placer, sigo moviéndome, y cada embestida la lleva más alto hasta que vuelve a retorcerse.

Sus uñas se clavan en mis hombros mientras gime: "Ven por mí".

No puedo contenerme más. Con una última y poderosa embestida, me entierro profundamente dentro de ella, estremeciéndome con mi liberación. El placer estalla en mis venas, ardiente y devorador, y suelto un gemido gutural mientras la lleno de semen.

Nos desplomamos juntos, una maraña de miembros, y la recojo cerca de mí. La rodeo con los brazos y le acuno el vientre con una mano para protegerla. Ella se acurruca contra mi pecho, con la cabeza apoyada en mi corazón palpitante. Permanecemos así un largo rato, disfrutando del resplandor.

Al final, ruedo hacia un lado para que quedemos cara a cara. Le aparto un mechón de pelo de la cara y se lo pongo detrás de la oreja. Parece totalmente satisfecha, con los ojos pesados y brillantes de satisfacción.

"Eso fue...", empieza ella, y yo sonrío.

"Increíble", proporciono, besando la punta de su nariz.

Se ríe suavemente. "Sí, increíble".

Recorro su rostro con los dedos, memorizando cada detalle. La inclinación de su nariz, la curva de sus labios, el aleteo de sus pestañas contra las mejillas. Podría mirarla eternamente sin cansarme nunca.

"Eres increíble", murmuro. "Y tengo mucha suerte de haberte encontrado".

Sus ojos se suavizan. "Creo que los dos tenemos suerte".

Mi corazón se hincha ante sus palabras y la beso suavemente. Esta noche ha sido perfecta.

Capítulo 16

AMANDA

El sol me sienta bien en la piel mientras Damien y yo caminamos cogidos de la mano por el parque. Es una tarde de domingo perfecta, él y yo solos en nuestro pequeño mundo. A las 13 semanas de embarazo, mis náuseas matutinas han remitido por fin y vuelvo a sentirme humana, recupero la energía. Y juraría que puedo ver una pequeña barriguita, aunque probablemente sólo sea mi imaginación.

Damien frota su pulgar sobre el dorso de mi mano, un circulito tranquilizador. "¿Cómo te encuentras?"

Le miro, entrecerrando los ojos bajo el sol radiante, y no puedo evitar sonreír. "Mejor de lo que he estado en semanas. Creo que la judía ha decidido darle un respiro a mamá".

Esa sonrisa infantil que tanto me gusta se extiende por su atractivo rostro. "Qué buena noticia. Porque hoy tengo planeado algo especial para nosotros".

"¿Ah, sí?" Levanto una ceja, intrigada por el brillo travieso de sus ojos grises. "Dígamelo, Sr. Gallagher. No me dejes colgada".

Se ríe profundamente y me estrecha más contra su cuerpo firme. "Digamos que implica mi cocina, tu comida favorita y quizá... postre en la cama".

Los escalofríos que me recorren la espalda no tienen nada que ver con la brisa. "Bueno, si lo pones así, ¿cómo puede resistirse una chica?".

De vuelta en su casa, me siento en la isla de la cocina a ver a Damien preparar la cena. Está muy sexy así, remangado, con los antebrazos fuertes flexionados mientras pica y saltea, con el ceño

fruncido por la concentración.

Me pilla mirando y me guiña un ojo. "¿Ves algo que te guste?"

Siento que mis mejillas se sonrosan. "Puede ser. Eres bastante bueno con ese cuchillo".

"Espera a ver qué más puedo hacer con mis manos".

La promesa en su voz enciende un fuego bajo en mi vientre. "¿Ah, sí?" murmuro, con la voz ronca. "¿Por qué no me lo enseñas?

En dos zancadas está frente a mí, con las manos en mi cara y los pulgares acariciándome los pómulos. "Con mucho gusto", gruñe antes de reclamar mi boca en un beso abrasador que fríe todas mis neuronas.

Me derrito dentro de él, introduciendo las manos en su camisa, desesperada por sentir su piel sobre la mía. Una de sus manos se desliza hasta mi cintura, apretándome contra su duro cuerpo. Siento lo mucho que me desea y me mareo de necesidad.

"Damien", jadeo mientras me besa el cuello. "¿Y la cena?"

Sus dientes rozan mi punto de pulso y gimo. "La cena puede esperar. Ahora tengo ganas de otra cosa".

Mmm, me parece perfecto. Me levanta sobre la fría encimera de mármol y me sube el vestido de verano por los muslos. Le rodeo la cintura con las piernas, deseando sentir cada centímetro de él contra mí. Sus manos recorren mi cuerpo, me suben el vestido y me acarician la suave piel del interior de los muslos.

"¿Así está bien?", pregunta, con la voz áspera por el deseo apenas contenido.

"Dios, sí", respiro, todo mi cuerpo arde por él. "Por favor, te necesito".

Es todo lo que necesita oír. Me aparta las bragas y hunde dos dedos en mi calor húmedo. Me arqueo ante sus caricias, echo la cabeza hacia atrás y grito mientras él me hace entrar en un frenesí, con los dedos enroscándose y acariciándome, acercándome al borde del éxtasis.

"Estás tan guapa así".

Sus palabras y sus hábiles dedos me hacen volar, mi cuerpo se estremece de placer mientras me aferro a él y grito su nombre. El placer se arremolina en mí mientras sus dedos me hacen volar.

Cuando por fin vuelvo a flotar, Damián me besa la frente suavemente, con reverencia, los ojos llenos de asombro. "Me encanta verte desmoronarte", confiesa.

Mi corazón se hincha de sentimientos que no estoy preparada para nombrar. En lugar de eso, los derramo en un beso profundo y apasionado, esperando que él pueda sentir todo lo que no digo.

Más tarde, estamos enredados en su cama, sudorosos y saciados. Trazo dibujos en su ancho pecho, maravillada por su piel suave. "Eso ha sido...

"Increíble", termina, besándome la parte superior de la cabeza.

"Tarareo en señal de acuerdo, contenta y feliz de una forma que nunca antes había sentido. Me dejo llevar por sus fuertes brazos, sabiendo que por muy poco convencional que sea nuestro comienzo, aquí es exactamente donde estoy destinada a estar.



A la mañana siguiente, me despierto con el olor a café y el sonido de la voz seria de Damien. Se pasea por el salón, hablando por teléfono.

"Sí, entiendo lo que eso significa", dice, pasándose una mano por el pelo desordenado. "Pero esto me importa. Tengo que hacer que funcione".

Ve que estoy despierta y su rostro se suaviza al instante, con los ojos llenos de adoración.

"Tengo que irme", dice firmemente al teléfono. "Hablaremos más tarde". Cuelga, se acerca y me rodea con sus brazos. "Buenos días, guapa".

Le beso suavemente, saboreando café y puro Damien. "Buenos días. ¿Va todo bien?"

Suspira y mueve la mano hacia mi pequeño bulto de bebé, con el pulgar frotando círculos relajantes. "Sólo cosas del trabajo. No te preocupes".

Pero veo la tensión en sus hombros, las líneas de su frente. "Damien, háblame. Ahora somos un equipo, ¿recuerdas?".

Me mira a los ojos un momento antes de hablar. "Intento reorganizar mi agenda para estar más cerca de ti y del bebé, sobre todo después de que nazca. Pero es complicado. Hay tratos, inversores que mantener contentos".

Cubro su mano con la mía, apretando suavemente. "Te lo agradezco mucho. Pero no quiero que arriesgues tu carrera por nosotros. Encontraremos un equilibrio, ¿vale?".

La mirada que me lanza Damien me deja sin aliento. "Eres increíble, ¿lo sabías?".

Me besa ferozmente antes de que pueda decir nada, con las manos en el pelo y la lengua hurgando en mi boca con avidez. Cuando por fin nos separamos, me pregunta: "¿Qué he hecho para merecerte?".

Te quiero" baila en la punta de mi lengua, pero me lo trago, no estoy preparada. En lugar de eso, sonrío descaradamente. "Me dejaste embarazada en una isla tropical. Está claro que el universo tiene sentido del humor".

La profunda risa de Damián retumba en mí. "Está claro. ¿Qué tal si desayunamos? Hago unos huevos benedictinos buenísimos".

Mientras nos movemos por la cocina, besándonos y riendo, me maravillo de cómo ha cambiado mi vida. En Damien he encontrado al hombre de mis sueños, mi compañero, mi igual, y soy tan jodidamente feliz.

Capítulo 17



DAMIEN

Es tarde y estoy estudiando el último informe financiero en mi despacho. No me atrevo a marcharme. No cuando hay tanto trabajo por hacer. Espero que si trabajo duro durante unos meses, pueda relajarme y tomarme algún tiempo libre para el bebé.

Mi teléfono zumba, el nombre de Amanda ilumina la pantalla. Una sonrisa se dibuja en mis labios mientras contesto.

"Hola, guapa. Creía que esta noche te ibas a acostar pronto".

Su risa, normalmente melódica y ligera, suena tensa con un trasfondo de incomodidad en su voz. "Ojalá, pero no me encuentro bien".

"¿Estás bien?" pregunto preocupada.

Hay una pausa, y casi puedo verla mordiéndose el labio, debatiéndose entre preocuparme o no. "Estoy bien, de verdad. Sólo algunos calambres. El médico ha dicho que es normal".

Frunzo el ceño, no del todo convencida. "Quizá debería venir. Puedo traer un poco de ese té de jengibre que te gusta".

"Damien Gallagher, siempre intentando arreglar las cosas", dice ella, el afecto claro en su tono. "Estoy bien, te lo prometo. Descansa un poco, ¿vale? Últimamente has trabajado demasiado".

Nos damos las buenas noches, pero al colgar, una sensación de inquietud se instala en mis entrañas. Intento deshacerme de ella, volviendo a centrarme en los informes que tengo delante. Pero mi mente no deja de pensar en Amanda, en nuestro bebé.

A las dieciséis semanas, la barriguita de Amanda por fin empieza a asomar, una hermosa curva que nunca deja de quitarme el aliento. Ayer mismo, la sorprendí admirándola en el espejo, con las manos acariciando el bulto. Esa visión despertó en mí algo primitivo, una necesidad de proteger, de cuidar.

Me saca de mis pensamientos un golpe en la puerta de mi despacho. Jessica, mi ayudante, asoma la cabeza.

"¿Sr. Gallagher? Voy a salir. ¿Necesitas algo más?"

Echo un vistazo al reloj, sorprendida al ver que son casi las ocho. "No, gracias. Deberías haberte ido hace horas".

Se encoge de hombros, con una sonrisa cómplice en la cara. "Olla, sartén, Sr. Gallagher. No te quedes hasta muy tarde, ¿vale? Amanda no lo aprobaría".

Cuando Jessica se va, sus palabras resuenan en mi cabeza y me hacen sonreír. Amanda ha estado visitándome en el trabajo, y toda la oficina sabe que estamos saliendo. Jessica me ha estado insistiendo suavemente para que reduzca el trabajo, para que encuentre un mejor equilibrio. Y quiero hacerlo, por Amanda y por nuestro hijo. Pero los viejos hábitos son difíciles de erradicar.

Con un suspiro, empiezo a recoger mis cosas. Quizá sorprenda a Amanda con el desayuno por la mañana. Pensar en su sonrisa soñolienta, en su pelo alborotado en la cama, me produce una oleada de nostalgia.

Estoy a medio camino de casa cuando mi teléfono vuelve a sonar. El nombre de Amanda parpadea en la pantalla, y esa sensación de inquietud vuelve a multiplicarse por diez.

"¿Amanda? ¿Qué te pasa?"

Su voz se oye entrecortada por el dolor y el miedo. "Damián, yo... Creo que algo va mal. Hay sangre, y el dolor... es malo".

Mi corazón se desploma. "Voy para allá. ¿Has llamado a una ambulancia?"

"No, yo... No quería exagerar. Pero Damien, tengo miedo".

"Ya voy, cariño. Aguanta". Hago un giro ilegal en U, con los neumáticos chirriando mientras acelero hacia su apartamento. "Quédate al teléfono conmigo, ¿vale? Háblame".

Escucho su respiración agitada mientras zigzagueo entre el tráfico, saltándome todos los límites de velocidad. Sus gemidos de dolor me desgarran el corazón, y nunca me he sentido tan impotente.

Cuando llego a su edificio, subo las escaleras de dos en dos y utilizo la llave que me dio para irrumpir en su apartamento.

"¿Amanda?"

"Aquí dentro", responde débilmente desde el cuarto de baño.

La encuentro acurrucada en el suelo, con la cara pálida y dibujada por el dolor. Tiene sangre en el pantalón del pijama, y al verla se me revuelve el estómago.

"Oh, Dios, Amanda". Me arrodillo a su lado y la recojo entre mis brazos. Se aferra a mí, con el cuerpo tembloroso.

"El bebé", susurra. "Damien, ¿y si...?"

"Shh, no pienses así. Vamos al hospital. Todo irá bien". No estoy segura de si intento convencerla a ella o a mí misma.

El trayecto hasta el hospital es un borrón. La mano de Amanda está fuertemente agarrada a la mía mientras navego por las calles, con el corazón latiéndome tan fuerte que puedo oírlo en los oídos.

En urgencias, todo va demasiado despacio y demasiado deprisa al mismo tiempo. Las enfermeras se llevan a Amanda para hacerle pruebas y me dejan paseando por la sala de espera, sintiéndome completamente inútil.

Quiero golpear algo, gritar, exigir respuestas. Pero me obligo a mantener la calma, a ser la fuerte. Por Amanda. Por nuestro bebé.

Al cabo de lo que parecen horas, se me acerca una doctora. Su expresión es grave, y siento que mi mundo se inclina sobre su eje incluso antes de que hable.

"¿Sr. Gallagher? Soy la doctora Chen. Me temo que tengo malas noticias".

Las palabras me bañan como agua helada. Aborto espontáneo. No pudieron hacer nada. Siento tu pérdida.

"¿Puedo verla?" consigo preguntar, mi voz suena extraña a mis propios oídos.

La Dra. Chen asiente y me conduce a una pequeña habitación privada. Amanda está tumbada en la cama, parece pequeña y frágil. Cuando me ve, se le encoge la cara y me tiende la mano.

En un instante estoy a su lado, estrechándola entre mis brazos mientras se derrumba. Sus sollozos me desgarran y siento que mis propios ojos arden de lágrimas no derramadas.

"Lo siento", ahoga entre sollozos. "Lo siento mucho, Damien".

"Cariño. Esto no es culpa tuya". Le acaricio el pelo y le doy besos en la frente. "Saldremos de ésta".

Mientras la abrazo, mi mente se acelera. Quiero arreglar esto, hacerlo mejor. Pero por una vez en mi vida, todo mi dinero no significa nada. No puedo traer de vuelta a nuestro bebé. No puedo borrar el dolor de Amanda.

Lo único que puedo hacer es estar aquí, sosteniéndola mientras llora, mientras ambas lloramos por el futuro que habíamos empezado a imaginar.

Horas más tarde, Amanda cae finalmente en un sueño exhausto. Me siento junto a su cama, con su mano entrelazada en la mía, observando el subir y bajar de su pecho.

Mi teléfono zumba con mensajes y llamadas perdidas. El mundo fuera de esta habitación sigue girando, ajeno a nuestra pérdida. Debería llamar a Jessica, cancelar mis reuniones, pero no me atrevo a moverme, a soltar la mano de Amanda.

Una enfermera entra para comprobar las constantes vitales de Amanda, sus movimientos son tranquilos y eficientes. Cuando se da la vuelta para marcharse, se detiene y me pone una mano en el hombro.

"Usted también debería intentar descansar, señor Gallagher. Te va a necesitar cuando se despierte".

Asiento con la cabeza y esbozo una débil sonrisa de agradecimiento. Pero sé que no podré dormir. Necesito estar aquí.

Mientras la luz del sol de la tarde se filtra a través de las persianas del hospital, me encuentro haciendo promesas silenciosas. A Amanda, a nuestro hijo perdido, a mí mismo.

Prometo ser mejor, ser el hombre que Amanda se merece. A apreciar cada momento que pasemos juntos. A no dar nunca nada por sentado.

Y mientras Amanda se agita y sus ojos se abren para encontrarse con los míos, le hago una última promesa. Venga lo que venga, afrontemos los retos que afrontemos, los afrontaremos juntos. Siempre.

"¿Damien?" Su voz es ronca, sus ojos enrojecidos e hinchados.

"Estoy aquí, no voy a ninguna parte".

Me aprieta la mano débilmente. "No era una pesadilla, ¿verdad?".

Sacudo la cabeza y me llevo la mano a los labios. "No, no lo era. Pero vamos a superarlo. Te lo prometo".

Una lágrima resbala por su mejilla y la atrapo con el pulgar. "¿Cómo?", susurra. "¿Cómo seguimos adelante después de esto?".

Me subo a la estrecha cama del hospital y la recojo entre mis brazos. Ella se acurruca contra mí, su cuerpo encajando contra el mío como si estuviera hecha para mí.

"Un día cada vez", murmuro en su pelo.

Mientras Amanda vuelve a dormirse en mis brazos, dejo que mis propias lágrimas caigan en silencio. Por nuestro hijo perdido y por el dolor que está soportando Amanda. Nunca me había sentido tan impotente.

Pero mientras la abrazo, me doy cuenta de algo. Esta pérdida, por devastadora que sea, sólo ha hecho que mi amor por Amanda sea más fuerte. Venga lo que venga, sé una cosa con certeza:

Amanda es mi futuro. Y pasaré el resto de mi vida asegurándome de que sepa lo mucho que significa para mí, con o sin bebé.

Mientras el hospital bulle de vida a nuestro alrededor, cierro los ojos, dejando por fin que el cansancio se apodere de mí.

Capítulo 18



AMANDA

La suave luz de la mañana se filtra a través de las cortinas de mi dormitorio cuando me despierto. El colchón a mi lado está vacío. Alargo la mano, mis dedos recorren la fría tela y deseo que Damián esté aquí conmigo. Pero estoy sola. Demonios, puede que esté sola para siempre. Damien sólo se apuntó a esto por el bebé. Puede que ahora no me quiera. El dolor de mi pecho, siempre presente desde aquella horrible noche de hace seis semanas, se intensifica.

Me obligo a incorporarme, con una mueca de dolor sordo en el bajo vientre a causa de los calambres. Es mi primera menstruación desde la pérdida, y me golpea más fuerte de lo que esperaba: el recordatorio físico de lo que podría haber sido.

Mi teléfono zumba en la mesilla y lo cojo, esperando que sea Damien. En su lugar, el nombre de Talía parpadea en la pantalla.

"Hola, Tal", respondo, sin molestarme en ocultar el cansancio en mi voz.

"Buenos días, solete", chirría, y su tono se suaviza al continuar: "¿Cómo te encuentras hoy?".

Suspiro, pasándome una mano por el pelo enmarañado. "Más o menos lo mismo".

"Cariño", la voz de Talía está llena de simpatía. "¿Has pensado más en el grupo de apoyo que te mencioné? La reunión semanal es esta mañana".

Pienso en el correo electrónico que me envió Talía con información sobre un grupo de apoyo local.

"No sé, Tal. ¿Sentarme en círculo, compartir mis sentimientos con desconocidos? No es lo mío".

"Quizá no", admite ella, "pero podría ayudar. No puedes seguir reprimiéndolo todo, y sé que no quieres agobiar a Damien...".

Me estremezco al oír su nombre, la culpa me invade. Damien sólo me ha apoyado, ha sido paciente y amable. Y, sin embargo, siento que me alejo, que construyo muros para proteger mi

maltrecho corazón.

"De acuerdo", cedo, aunque sólo sea para apaciguar a Talía. "Iré. Sólo... una vez".

Después de colgar, me obligo a prepararme. Ducharme, vestirme, intentar comer algo. La rutina parece vacía, pero es lo único a lo que puedo aferrarme estos días desde que pedí una excedencia en el trabajo.

Cuando estoy a punto de irme al grupo de apoyo, mi teléfono suena con un mensaje de Damien.

Damián:

Estoy pensando en ti. ¿Cenamos esta noche?

Mi corazón se aprieta. Una parte de mí quiere decir que sí, perderse en sus brazos y olvidar el dolor durante un rato. Pero otra parte, la parte que está aterrorizada de volver a ser herida, me hace dudar.

Amanda:

Tal vez. Te lo haré saber más tarde.

Pulso enviar antes de poder cambiar de opinión, ignorando la punzada de culpabilidad por mi falta de compromiso.

El centro comunitario donde se reúne el grupo de apoyo es alegre, con murales brillantes y el olor a café recién hecho en el aire. De algún modo, me siento mal. ¿Cómo puede el mundo ser tan colorido cuando yo me siento tan gris por dentro?

Me quedo en la puerta de la sala de reuniones, observando a la gente que entra y se sienta en el círculo de sillas. Se trata de un grupo para todo tipo de pérdidas, así que es difícil decir por qué están todos aquí. Sus rostros reflejan mi propio dolor y, por un momento, considero la posibilidad de volverme. No estoy segura de poder soportar tanta pena.

"Bienvenida".

Salto al oír la voz a mi lado. Una mujer de ojos amables y pelo sal y pimienta sonríe suavemente.

"Hola, me has asustado". Consigo soltar una débil carcajada.

Ella asiente, comprensiva en su mirada. "Soy Grace, la animadora del grupo. ¿Por qué no entras y te sientas? Sin presiones para compartir si no estás preparada".

De algún modo, me encuentro siguiéndola, hundiéndome en una silla vacía. Cuando empieza la reunión, echo un vistazo a la sala y me sorprendo al ver a Talía entrar. Se sienta junto a una mujer que la saluda en silencio como a una vieja amiga. Está claro que Talía no está aquí sólo para apoyarme, y me pregunto por qué nunca me dijo que asistía a esta reunión. Me llama la atención y me saluda con la mano. Le devuelvo la sonrisa, de repente contenta de conocer al menos a una persona en la sala.

Cuando la gente empieza a compartir, escucho historias de pérdida, de dolor, de curación. Algunas me hacen llorar, otras despiertan un destello de esperanza. Cuando llega mi turno, me sorprendo a mí misma hablando.

"Soy Amanda", me tiembla ligeramente la voz. "Hace seis semanas perdí a mi bebé nonato. Y a veces... a veces siento que yo también me pierdo".

Las palabras salen a borbotones, como un dique que se rompe. Hablo de la culpa, del miedo, de la ira. De cómo alejo al hombre que amo porque me aterroriza que me vuelvan a hacer daño.

Espera. ¿Amor?

Me doy cuenta de ello como una tonelada de ladrillos. Realmente quiero a Damien. A pesar de todo, o tal vez a causa de ello, me he enamorado profunda e irrevocablemente de él.

Cuando termina la reunión, Grace se acerca a mí. "¿Cómo te encuentras?"

Respiro entrecortadamente. "Como si hubiera corrido una maratón. Pero... más ligera, de algún modo".

Me aprieta el brazo. "Eso está bien. La curación no es lineal, Amanda. Habrá días buenos y días malos. Pero no estás sola en este viaje".

Antes de irme, busco a Talía y le doy un fuerte abrazo. "Gracias por decirme que viniera".

Sonríe suavemente: "Sabía que era un buen grupo".

Talía no lo ha contado esta noche, y no quiero presionarla para que me dé detalles. Si alguna vez quiere contarme su historia, lo hará.

De camino a casa, saco el móvil y le envío un mensaje a Damien.

Amanda:

La cena suena genial. ¿En tu casa?

Su respuesta es inmediata.

Damien:

Perfecto. Yo cocinaré. ¿Te parece bien el 7?

Una sonrisa se dibuja en mis labios, la primera genuina en semanas.

Amanda:

Hasta luego.

Capítulo 19



AMANDA

A las siete en punto, llamo a la puerta de Damien. Me abre, y al verle -ligeramente desarreglado por haber cocinado, con un paño de cocina colgado del hombro- me da un vuelco el corazón.

"Hola", respiro, repentinamente tímida.

"Hola a ti también", me dice en voz baja, tirando de mí para abrazarme suavemente. Me derrito sobre él, inhalando el aroma familiar de su colonia mezclado con algo salado de la cocina.

Cuando nos separamos, los ojos de Damien buscan mi rostro. "Pareces... diferente. Bien diferente. ¿Ha pasado algo hoy?"

Asiento con la cabeza y le sigo hasta la cocina. "Fui a ese grupo de apoyo que Talía me ha estado empujando a probar".

Damián levanta una ceja y me da un vaso de agua. "¿Y? ¿Cómo fue?"

"Sorprendentemente útil", admito, tomando un sorbo. "Me hizo darme cuenta de algunas cosas".

"¿Oh? Hay una pizca de cautela en su tono, y me doy cuenta con una punzada de lo mucho que le he estado apartando últimamente.

Dejo el vaso y me acerco a él, poniéndole una mano en el pecho. "Yo... lo siento. Sé que he estado distante últimamente".

Me cubre la mano con la suya y su contacto me hace saltar chispas. "No tienes que disculparte. Estás de luto. Los dos lo estamos".

"Lo sé, pero..." Respiro hondo, armándome de valor. "He tenido tanto miedo de que me volvieran a hacer daño que te he estado apartando. Y eso no es justo para ti. Has estado increíble, Damien. Tan paciente, tan amable".

La otra mano de Damián se acerca a mi mejilla. "Ojalá pudiera quitarte el dolor. Lo sabes, ¿verdad?".

La intensidad de su mirada me hace estremecer. "Lo sé, y quiero curarme, pero lo más importante es que quiero curarme contigo. He temido que sólo quisieras estar conmigo por el bebé".

Contengo la respiración, asustada de que vaya a confirmar mis temores.

Por un momento, se queda inmóvil. Luego, con un gemido, me arrastra contra él, capturando mis labios en un beso abrasador.

Respondo con avidez, mis manos se deslizan hacia arriba para enredarse en su pelo. Damien me besa como un hombre hambriento, su lengua se burla de la mía mientras sus manos recorren mi cuerpo.

Cuando por fin nos separamos, los dos respiramos con dificultad. Damien apoya la frente en la mía, con una sonrisa en los labios.

"Lo que siento por ti no es por el bebé", murmura.

El temporizador del horno suena, haciéndonos saltar a los dos. Ese maldito temporizador siempre nos interrumpe. Damien se ríe y me da un beso rápido en la nariz. "Espera un momento. Primero la cena".

Mientras comemos, la conversación fluye con facilidad. Por primera vez en semanas, vuelvo a sentirme yo misma. Hablamos de su trabajo, del grupo de apoyo, de nuestras esperanzas para el futuro.

"He estado pensando", dice Damien mientras recogemos los platos. "Quizá deberíamos hacer un viaje. Alejarnos un tiempo, los dos solos".

La idea es tentadora. "¿Dónde tenías pensado ir?"

Se encoge de hombros, con un brillo travieso en los ojos. "Donde tú quieras. ¿París? ¿Bali? ¿Una cabaña aislada en el bosque?".

Me río, el sonido me sorprende por su genuina alegría. "Una cabaña suena bien, la verdad. Tranquila. Tranquila".

Damián tira de mí y sus manos se posan en mis caderas. "Entonces será una cabaña. Solos tú, yo y un fuego crepitante".

El calor de su mirada hace que se me corte la respiración. "Damien", respiro, mis manos se deslizan por su pecho. "Estoy con la regla, pero ¿podemos acurrucarnos juntos en la cama esta noche?".

Su mirada se suaviza. "Por supuesto".

Me coge de la mano y me lleva al dormitorio, con un tacto suave y tranquilizador. Mientras nos acomodamos en la cama, no puedo evitar una leve mueca de dolor provocada por un calambre

especialmente fuerte.

"¿Estás bien? pregunta Damien, con la preocupación marcando sus rasgos.

Asiento con la cabeza, intentando sonreír a pesar de la incomodidad. "Sólo son calambres. Es mi primer... ya sabes, desde...".

Sus ojos se vuelven comprensivos. Sin decir palabra, se levanta y desaparece del dormitorio, regresando momentos después con una almohadilla térmica.

"Toma", dice suavemente, colocándolo con delicadeza sobre mi bajo vientre. El calor me penetra en la piel, aliviando el dolor. "¿Estás mejor?

"Mucho", suspiro, acurrucándome más contra él. "Gracias".

Permanecemos tumbados en un cómodo silencio durante un rato, con los dedos de Damián trazando suaves dibujos en mi brazo. Finalmente, expreso el pensamiento que me ronda por la cabeza.

"Es duro, ¿verdad? Perder al bebé... es como perder una parte de nosotros mismos".

Damien me estrecha los brazos. "Lo es", asiente, con la voz cargada de emoción.

Inclino la cabeza para mirarle. "Siento haberte estado apartando. Tenía tanto miedo..."

"Shh", murmura, dándome un beso en la frente. "No tienes que disculparte. Ahora estamos aquí, eso es lo que importa".

Una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios. "Sabes, si no fuera por estos malditos calambres, ahora mismo estaría encima de ti".

Damián se ríe, el sonido retumba en su pecho. "¿Ah, sí?", bromea, y su mano baja hasta posarse en mi cadera.

"Mm hmm", tarareo, trazando patrones en su pecho. "Ser tan dulce y cariñoso es muy excitante, Sr. Gallagher".

Sonríe, inclinándose para rozar sus labios con los míos. "Bueno, tenemos todo el tiempo del mundo para eso. Ahora mismo, me conformo con abrazarte".

La ternura de su voz hace que se me hinche el corazón. "¿Me lo prometes?"

"Te lo prometo", afirma, acercándome más a mí. "De hecho, pienso retenerte así durante mucho tiempo. Ahora estás pegada a mí".

Me río suavemente, con el sonido amortiguado contra su pecho. "Creo que puedo vivir con eso".

Nos sumimos en un cómodo silencio, el ritmo constante de los latidos del corazón de Damián me arrulla en una sensación de paz. Mientras permanezco tumbada, envuelta en su calor y sus cuidados, siento cómo se derrumban los últimos muros que me quedaban.

"¿Damien?" susurro, inclinando la cabeza para encontrarme con su mirada.

"¿Hmm?", responde, con ojos suaves de afecto.

"Te quiero", digo, las palabras fluyen con facilidad ahora que por fin me he permitido sentirlas plenamente. "No por el bebé. Simplemente... te quiero. Por ti".

El rostro de Damián se descompone en una sonrisa radiante. "Yo también te quiero, Amanda. Más de lo que jamás creí posible".

Cuando se inclina para besarme, lenta y dulcemente, siento que me invade un calor que no tiene nada que ver con la bolsa de agua caliente. Es el calor de ser verdadera y profundamente amada.

En este momento, envuelta en los brazos de Damián, siento un destello de esperanza en nuestro futuro.

Capítulo 20



DAMIEN

La brisa salada me agita el pelo mientras estoy en el balcón de nuestra casa de campo costera, observando cómo el sol se oculta en el horizonte. El choque rítmico de las olas contra la orilla proporciona un telón de fondo relajante. Han pasado tres meses desde que perdimos al bebé. Tres meses de dolor, de curación, de aprender a querernos a través del dolor. Y ahora, aquí estamos, a kilómetros de la ciudad y de nuestra vida cotidiana, disfrutando juntos de un tiempo de paz.

Oigo el suave ruido de unos zapatos detrás de mí, y entonces los brazos de Amanda me rodean la cintura, con su mejilla presionando mi espalda.

"¿Un penique por tus pensamientos?", murmura, con la voz apagada contra mi camisa.

Me giro en su abrazo. El sol poniente proyecta un resplandor dorado sobre su piel, dándole un aspecto etéreo. En sus ojos hay una paz que no había visto en meses, y eso hace que se me hinche el corazón.

"Sólo pensaba en lo guapa que eres", le digo, pasándole un mechón de pelo por detrás de la oreja. "Y en la suerte que tengo de estar aquí contigo".

Los labios de Amanda se curvan en una suave sonrisa. "Habla con suavidad", bromea, poniéndose de puntillas para darme un beso en la mandíbula. "Pero lo acepto".

Atrapo sus labios con los míos, saboreando su sabor. Cuando nos separamos, apoyo la frente en la suya. "¿Qué tal un paseo por la playa?

Ella asiente, entrelazando sus dedos con los míos. "Guíenos, Sr. Gallagher".

Mientras paseamos por la orilla del agua, siento que la tensión de los últimos meses se desvanece poco a poco. La mano de Amanda está caliente entre las mías, su presencia es un bálsamo para mi alma.

"He estado pensando", dice Amanda, rompiendo el cómodo silencio. "Sobre nosotros. Sobre el futuro".

Le aprieto suavemente la mano, animándola a continuar.

Respira hondo. "Perder al bebé... me destrozó. Durante un tiempo pensé que nunca volvería a estar entera". Se le quiebra un poco la voz y la acerco más, rodeándole la cintura con un brazo. "Pero estando aquí contigo, me doy cuenta de que no estoy rota. Me estoy curando. Nos estamos curando. Juntos".

Se me hace un nudo en la garganta de la emoción. "Amanda", suspiro, deteniendo nuestro paseo para mirarla. "Me sorprendes. Tu fuerza, tu resistencia... Cada día me enamoro más de ti".

Sus ojos se abren de par en par, con una mezcla de sorpresa y esperanza arremolinándose en sus profundidades. "¿Ah, sí?"

Le cojo la cara con las manos y le quito con los pulgares las lágrimas que han empezado a caer. "Claro que sí. No por el bebé que perdimos, sino por quién eres. Tu bondad, tu pasión, tu capacidad para hacerme reír incluso en mis peores días. Estoy en esto a largo plazo, si me aceptas".

Se le escapa un sollozo, pero sonríe a través de las lágrimas. "Yo también quiero eso", susurra, y sus manos suben para cubrir las mías. "Un futuro contigo, sea lo que sea".

Atrapo sus labios en un beso, vertiendo en él todo mi amor, toda mi esperanza por nuestro futuro. Amanda responde con entusiasmo, su cuerpo se amolda al mío como si estuviéramos hechos el uno para el otro.

Cuando por fin nos separamos, ambos sin aliento, no puedo evitar sonreír. "Entonces, ¿eso significa que ahora eres mi novia?".

Amanda se ríe. "Creo que ya hemos superado la fase de novia-novio, ¿no crees? ¿Qué tal compañeros? ¿En la vida, en el amor, en todo?".

"Compañeros", estoy de acuerdo, me gusta cómo suena. "Hablando de eso, probablemente deberíamos contarle a Olivia lo nuestro. Ni siquiera sabe que estamos saliendo".

Los ojos de Amanda se abren de par en par, y una pizca de nerviosismo asoma a su expresión. "Oh Dios, tienes razón. ¿Crees que le parecerá bien? Quiero decir, eres su tío...".

Me río entre dientes, metiéndola bajo el brazo mientras reanudamos el paseo. "Olivia es una mujer adulta. Pero tienes razón, esto puede ser un shock para ella. Si te hace sentir mejor, podemos llamarla ahora".

De vuelta en la cabaña, nos acomodamos en el sofá, Amanda acurrucada a mi lado mientras busco el contacto de Olivia en mi teléfono. La llamada se conecta y la cara sonriente de Olivia

llena la pantalla.

"¡Tío Damien!", exclama, y sus ojos se abren de par en par al vernos juntos. "Y... ¿Amanda? ¿Qué pasa?

Me aclaro la garganta, sintiéndome de repente como un adolescente a punto de confesarse a sus padres. "Olivia, hay algo que tenemos que decirte. Amanda y yo estamos... juntos. Llevamos saliendo un tiempo".

Hay un momento de silencio atónito. Olivia se queda boquiabierta y mira entre nosotros con incredulidad. "Espera, ¿qué? ¿Estáis... saliendo? ¿Desde cuándo?"

Amanda me aprieta la mano, ofreciéndome una sonrisa de apoyo antes de dirigirse a Olivia. "Hace ya unos meses, Liv. Nosotras... queríamos estar seguras de las cosas antes de decírselo a nadie".

El asombro de Olivia se transforma lentamente en una mezcla de confusión y dolor. "¿Unos meses? ¿Y me lo dices ahora? Yo no... No lo entiendo. ¿Cómo ha podido ocurrir?

Respiro hondo, sabiendo que le debemos una explicación. "Todo empezó en el complejo turístico, Olivia. Nos conocimos allí, antes de saber quién era cada uno. Y luego, se convirtió en algo más".

"¿El complejo?" se hace eco Olivia, frunciendo el ceño. "Pero eso fue... Dios mío, ¿por eso estáis tan raros últimamente? Creía que sólo estabais procesando el desastre de la boda... y la pérdida".

Amanda se estremece un poco al mencionar el aborto y me agarra la mano con más fuerza. "Sentimos no habértelo dicho antes, Liv. Queríamos resolver las cosas por nuestra cuenta primero".

Rodeo a Amanda con el brazo, ofreciéndole un apoyo silencioso. "Somos felices, Olivia. Muy felices".

Olivia se queda callada un momento, aparentemente procesándolo todo. Finalmente, respira hondo. "Vale. Vaya. Esto es... mucho que asimilar. Pero... los dos sois adultos. Y si os hacéis felices el uno al otro, entonces... me alegro por vosotros".

Me invade el alivio y siento que Amanda se relaja contra mí. "Gracias, Olivia", digo, sintiendo una oleada de afecto por mi sobrina. "Tu apoyo significa mucho para nosotros".

"Pero... sin detalles, ¿vale?". añade Olivia, recuperando una pizca de su humor habitual. "No necesito saber nada de la vida amorosa de mi tío".

Todos nos reímos, la tensión por fin se rompe. Charlamos un rato más, y Olivia nos acribilla a preguntas sobre nuestra relación. Cuando colgamos, la última parte de mi ansiedad se ha disipado, sustituida por una sensación de satisfacción.

Amanda se vuelve hacia mí, sus ojos brillan de felicidad y de algo más... deseo. "Entonces", dice, con voz grave y sensual. "Ahora que tenemos la bendición de la familia, ¿qué te parece si lo celebramos como es debido?".

Sus palabras me producen una oleada de calor. "¿Qué tenías pensado? pregunto, con la voz más áspera de lo que pretendo.

En respuesta, Amanda se sienta a horcajadas sobre mi regazo, y sus manos se deslizan por mi pecho hasta enredarse en mi pelo. "Estaba pensando -murmura, con sus labios rozando los míos- que hace demasiado tiempo que no te siento dentro de mí".

Gimo, con las manos agarrando sus caderas. "¿Estás segura? No tenemos que apresurarnos..."

Me hace callar con un beso, ardiente y exigente. "Estoy segura", respira contra mis labios. "Te deseo. A toda tú".

Es todo el estímulo que necesito. Con un movimiento rápido, me pongo en pie, y las piernas de Amanda me rodean la cintura mientras la llevo al dormitorio. La tumbo suavemente en la cama y me tomo un momento para admirar sus gloriosas curvas.

"Eres preciosa", murmuro, mis manos rozando sus costados, empujando su camisa hacia arriba y por encima de su cabeza.

Amanda se arquea ante mis caricias y se le escapa un suave gemido mientras la beso por el cuello. "Damien", jadea, con los dedos apretando los botones de mi camisa. "Por favor, te necesito".

Nos desnudamos mutuamente con lentitud, con reverencia, redescubriendo nuestros cuerpos con caricias tiernas y besos apasionados. Cuando por fin me deslizo dentro de ella, ambos gemimos ante la sensación.

"Te siento como en casa", susurro contra sus labios mientras nos movemos juntos, nuestros cuerpos encontrando un ritmo perfecto.

"Eres mi hogar", jadea Amanda, clavándome las uñas en la espalda mientras me recibe empujón a empujón.

Hacemos el amor lentamente, saboreando cada caricia, cada beso, cada aliento compartido. No es sólo placer físico: es una reafirmación de nuestro vínculo, una promesa para el futuro.

Mientras yacemos enredados después, sudorosos y saciados, no puedo evitar maravillarme de lo lejos que hemos llegado. De un encuentro fortuito en una isla tropical a esto: un amor que ha resistido tormentas y ha salido fortalecido.

Amanda traza dibujos en mi pecho, con la cabeza metida bajo mi barbilla. "¿En qué estás pensando?", me pregunta en voz baja.

Le doy un beso en la coronilla. "Lo agradecida que estoy por ti. Por nosotros. Sé que los últimos meses han sido duros, pero no querría pasar por ellos con nadie más".

Ella levanta la cabeza para mirarme, sus ojos brillan de emoción. "Para mí tampoco. Tú lo eres para mí. Mi compañera, mi amor, mi futuro".

Cuando me inclino para besarla de nuevo, una profunda sensación de paz y rectitud se instala sobre mí como una manta de peso. Sea lo que sea lo que nos depare el futuro, sean cuales sean los retos que se nos presenten, sé que los superaremos. Juntos. Porque este amor único que hemos encontrado, esta conexión inquebrantable, es el tipo de cosas que la gente busca toda la vida.

Y mientras nos dormimos, abrazados y con el sonido del océano de fondo, no puedo evitar sentirme ilusionada por lo que nos depara el futuro... con Amanda.

Capítulo 21



AMANDA

Ya no estoy sola cuando me despierto, y cada mañana ver a Damien a mi lado me produce una pequeña emoción. Me tomo un momento para admirarle: la fuerte línea de su mandíbula, el leve surco de su ceño incluso dormido, la plata de sus sienes que me parece increíblemente sexy. Ahora vivo con él, y han pasado seis meses desde nuestra escapada. A veces aún no puedo creer que ésta sea mi vida.

Salgo de la cama sin hacer ruido y me dirijo al baño. Mientras me cepillo los dientes, mis ojos se detienen en mi neceser de maquillaje y en la prueba de embarazo que esconde en su interior. Llevo días evitándolo, demasiado asustada para afrontar la posibilidad. Pero ya no puedo seguir ignorando los signos: los pechos sensibles, la fatiga, las náuseas matutinas.

Con manos temblorosas, hago la prueba, programando un temporizador en mi teléfono. Los tres minutos parecen una eternidad. Cuando por fin suena, respiro hondo y miro hacia abajo.

Dos líneas rosas.

Mi corazón se acelera y doy un chillido de alegría, aunque me siento aprensiva. Estamos embarazados otra vez.

"¿Amanda?" La voz ronca de Damien llama desde el dormitorio. "¿Va todo bien?"

Salgo del baño con la prueba en la mano. Los ojos de Damien se abren de par en par al ver mi expresión.

"¿Cariño?", dice, incorporándose. "¿Qué pasa?"

Extiendo la prueba y me tiembla la voz. "Estoy embarazada".

En un instante, Damien sale de la cama y me estrecha en sus brazos. "Oh, Amanda", jadea, con la mano acariciándome la nuca. "¿Estás... cómo te sientes por esto?".

Entierro la cara en su pecho, respirando su olor familiar. "Tengo miedo", admito. "Pero también... ¿feliz? ¿Te parece bien?"

Damien se aparta un poco y me coge la cara con las manos. Sus ojos grises buscan los míos con intensidad. "Claro que no pasa nada. Yo también tengo miedo. Pero estamos juntos en esto, ¿recuerdas?".

Asiento con la cabeza, sintiendo que se me saltan las lágrimas. "Juntos".

Entonces me besa, suave y dulcemente, antes de arrodillarse frente a mí. Suavemente, me sube la camisa de dormir y me da un beso reverente en el vientre aún plano.

"Hola, pequeña", murmura contra mi piel. "Te estábamos esperando".

Se me escapa un sollozo, mitad risa y mitad llanto. Damien se levanta y vuelve a acercarse a mí. "Lo tenemos, Amanda. Pase lo que pase, lo tenemos".



Esa misma semana, estamos sentados en la consulta del médico. Mi pierna rebota nerviosa, y Damián me pone una mano firme en la rodilla.

"Todo va a ir bien", dice en voz baja, pero yo también noto la tensión en su voz.

El obstetra entra con una cálida sonrisa. "Amanda, Damien, me alegro de veros a los dos. ¿Estamos listos para echar un vistazo?"

Asiento con la cabeza, apretando la mano de Damien mientras me recuesto en la camilla. El gel calentado está pegajoso en mi vientre mientras el obstetra mueve la varita sobre mi abdomen. "Ahora, veamos qué tenemos aquí".

La habitación está en silencio, salvo por el suave zumbido del ecógrafo. Contengo la respiración, aterrorizada por lo que podamos -o no- ver.

Y entonces lo oímos. Un sonido rápido y rítmico llena la habitación.

"Ahí está tu bebé". Señala una pequeña mancha en la pantalla. "¿Y ese sonido? Es un latido bueno y fuerte".

Me corren las lágrimas por la cara mientras miro fijamente la pantalla. A mi lado, Damien emite un sonido ahogado.

"Todo tiene buen aspecto", continúa. "Estás de unas ocho semanas y el bebé mide según lo previsto".

Me invade el alivio, pero está teñido de cautela. "Pero... la última vez..."

Su expresión se suaviza. "Sé que estás preocupada. Pero cada embarazo es diferente. Por lo que veo, es un embarazo sano. Te vigilaremos de cerca, por supuesto, pero intenta no estresarte

demasiado. No es bueno ni para ti ni para el bebé".

Cuando salimos de la consulta, Damián me acerca y me da un beso en la sien. "¿Qué tal si lo celebramos?", sugiere. "¿Cenamos en ese pequeño local italiano que te encanta?".

Le sonrío, sintiéndome más ligera de lo que me he sentido en semanas. "Me parece perfecto".

En el restaurante, metido en un acogedor reservado, Damián levanta su vaso de agua. "Por nuestro pequeño milagro", dice en voz baja.

Choco mi vaso contra el suyo, sintiendo una oleada de amor por este hombre. "Por nuestro futuro".

Mientras comemos, hablamos de cómo llevar el embarazo en el trabajo. Estoy nervioso por decírselo a Linda, recordando lo comprensiva que fue la última vez.

"Quizá debería esperar un poco más", pienso, dando vueltas a la pasta alrededor del tenedor. "Para estar segura".

Damien cruza la mesa y me coge la mano. "Con lo que te sientas cómoda, cariño. Pero recuerda que no tienes que pasar por esto sola. Estoy aquí, en cada paso del camino".

Sus palabras me llenan de calidez, y no puedo resistirme a inclinarme sobre la mesa para besarle. "¿Qué he hecho para merecerte? murmuro contra sus labios.

Sonríe, esa sonrisa infantil que nunca deja de hacerme saltar el corazón. "Todos los días me pregunto lo mismo sobre ti".



Tardo otro mes en volver a decir al trabajo que estoy embarazada, y todos se alegran por mí.

Esa noche, mientras Damien y yo nos acurrucamos en el sofá, siento que me invade una sensación de paz. Su mano se apoya protectora en mi vientre, y yo la cubro con la mía.

"Hoy se lo he dicho a Linda", le digo en voz baja.

Damián me besa la parte superior de la cabeza. "¿Cómo ha ido?"

"Mejor de lo que podía esperar. Me ha apoyado mucho, Damien. No sé por qué estaba tan nerviosa".

Se ríe, el sonido retumba en su pecho. "Porque te preocupas, cariño. Es una de las cosas que más me gustan de ti".

Me retuerzo en sus brazos para mirarle. "Te quiero", le digo, ahora las palabras me salen con facilidad. "Te quiero mucho.

Sus ojos se oscurecen de deseo y se inclina para capturar mis labios en un beso abrasador. "Yo también te quiero", murmura contra mi boca. "Déjame demostrarte cuánto".

Con un movimiento rápido, se levanta, me coge en brazos y me río mientras me lleva al dormitorio. Sabe cuánto me gusta cuando se pone en plan cavernícola conmigo.

"¡Damien!" Suelto una risita mientras me deposita suavemente en la cama. "¿Qué te pasa?

Se arrastra sobre mí, con ojos intensos. "Tú, Amanda. Te has metido en mí, bajo mi piel, en mi corazón. Y ahora estás embarazada de nuestro hijo. ¿Tienes idea de lo increíblemente sexy que es eso?".

Sus palabras me provocan un escalofrío de deseo. "Muéstrame", suspiro.

La sonrisa de Damián es lobuna cuando empieza a desnudarme, con toques reverentes y burlones. Se deshace en atenciones hacia mis pechos, que ya están más sensibles debido al embarazo.

"Dios, eres preciosa", murmura, dándome besos con la boca abierta por todo el cuerpo. Cuando llega a mi vientre, se detiene y me besa tiernamente justo debajo del ombligo. "Los dos".

Se me saltan las lágrimas ante la ternura del gesto. "Damien", susurro, tirando de él para besarlo profundamente.

Hacemos el amor lentamente, saboreando cada caricia, cada beso. No es sólo placer físico, es una celebración de la vida, del amor, del futuro que estamos construyendo juntos.

Después, mientras yacemos enredados, la mano de Damián traza perezosos dibujos en mi vientre.

"¿En qué estás pensando?" pregunto, pasándole los dedos por el pelo.

Se queda callado un momento y luego dice: "Pienso en lo afortunado que soy. En cómo un encuentro fortuito en una isla tropical me condujo al amor de mi vida y a la familia que nunca supe que quería."

Siento que mi corazón se hincha de emoción. "Tenemos suerte, ¿verdad?".

Damien se apoya en un codo, con expresión seria. "Amanda, quiero que sepas... que pase lo que pase con este embarazo, lo que la vida nos depare, yo me apunto. Tú y yo, somos el fin".

Una lágrima resbala por mi mejilla y Damián la atrapa con el pulgar. "Yo también estoy conmigo", susurro. "Estás conmigo, Gallagher".

Sonríe, inclinándose para besarme suavemente. "No lo haría de otra manera".

Mientras nos dormimos, con el brazo de Damien rodeándome protectoramente y su mano apoyada en mi vientre, siento una esperanza más fuerte que nunca. Sea lo que sea lo que nos depare el futuro, lo afrontaremos juntos. Y en realidad, eso es lo único que importa.

Epílogo



AMANDA

Una avalancha de dolor se abalanza sobre mí, despertándome. Puño las sábanas, jadeando, intentando respirar a través de ellas como habíamos practicado. A mi lado, Damien se agita.

"¿Amanda?" Suena aturdido, confuso. "¿Qué ocurre?"

Otra contracción me golpea antes de que pueda responder. Un gemido sale de mi garganta. "Es la hora", grito.

Damien salta de la cama, súbitamente muy despierto. "Vale, vale, ya lo tenemos. ¿Bolsa de hospital?"

Aunque me doy cuenta de que está hablando solo, dirijo una mano temblorosa hacia la bolsa del rincón, esperando el momento. "Ya está. Damien, yo... ¡oh, joder!". Las palabras se ahogan cuando la siguiente oleada se abate sobre mí.

Está a mi lado en un instante, su mano fría sobre mi frente sudorosa. "Respira, cariño. ¿Recuerdas cómo practicamos? Su voz tranquila me tranquiliza.

Asiento con la cabeza, respirando al ritmo de su cuenta. El dolor disminuye y le miro a los ojos, viendo mi excitación y mi terror reflejados en ellos.

"Vamos a tener un bebé", susurro, con una sonrisa que se dibuja en mis labios a pesar de todo.

Me besa la frente, reverente. "Vamos a tener un bebé".

El trayecto hasta el hospital es borroso, una neblina de contracciones y murmullos tranquilizadores de Damián. Una vez en la sala de partos, las contracciones aumentan, rápidas y furiosas.

"Vas muy bien, Amanda", me dice la enfermera, revisándome. "Ya estás de siete centímetros. Este bebé tiene prisa".

Damien nunca se separa de mí, mi roca en cada ola. "Eres increíble", me dice, secándome la cara. "Te quiero mucho".

Sonrío débilmente. "Yo también te quiero. Pero será mejor que reces para que este bebé nazca pronto si quieres volver a tener sexo".

Se ríe, el sonido corta la tensión. "Si pudiera hacerlo por ti, lo haría. Pero ésta es toda tuya".

Empiezo a replicar, pero otra contracción me roba el aliento y me hace gritar. Aprieto la mano de Damián con fuerza suficiente para romperla.

Después de lo que parecen horas, de repente todo empieza a suceder rápidamente.

"¡Veo la cabeza!", grita el médico. "Bien, danos un gran empujón en la siguiente".

Empujo como si mi vida dependiera de ello, Damien me entrena, el equipo médico me guía. Cabalgo sobre el dolor, dejando que me lleve más cerca de conocer a nuestro hijo.

Y entonces, de repente, se acabó. Un delgado gemido llena el aire y me desplomo hacia atrás, exhausta y eufórica.

"¡Es una niña!", anuncia el médico, colocando sobre mi pecho un bulto que se retuerce.

Parpadeando entre lágrimas, canturreo al ver a nuestra hija. "Hola, cariño. Te estábamos esperando".

Damien se inclina hacia ti, con los ojos brillantes. "Es preciosa", dice, con la voz áspera por el asombro. "Como su madre". Mientras la limpian, Damien me llena la cara de besos. "Lo has conseguido, cariño. Estoy muy orgulloso de ti".

Tiro de él hacia abajo para darle un beso de verdad, volcando en él todo mi amor y gratitud. "Lo hemos conseguido", le corrijo. "No podríamos haberlo hecho sin ti".



DAMIEN

Han pasado tres meses desde que nació Lily, y estoy de pie en la puerta de la habitación del bebé viendo cómo Amanda mece a nuestra niña hasta que se duerme. Siento que el corazón me va a estallar de lo mucho que quiero a estas dos. Son todo mi mundo.

Amanda deja a Lily en su cuna con tanta delicadeza, como si fuera lo más preciado. Me acerco por detrás y le rodeo la cintura con los brazos, atrayéndola contra mi pecho. Suspira y se apoya en mí.

"Es perfecta", murmuro, besando la sien de Amanda. El olor de su champú de fresa me hace querer enterrar la cara en su pelo.

Amanda se gira entre mis brazos y me mira con un brillo travieso en los ojos. "Quizá deberíamos hacer las cosas oficiales. Ya sabes, por el bien de Lily".

Me da un vuelco el corazón. ¿Está diciendo lo que creo que está diciendo? "Amanda..."

Se ríe y sus dedos juegan con el cuello de mi camisa. "Relájate, sólo estoy bromeando. Aunque deberías verte la cara".

Le cojo la mano y le doy un beso en la palma. "No te muevas. Ahora vuelvo".

Me apresuro hacia nuestro dormitorio, las manos me tiemblan un poco mientras rebusco en el cajón de los calcetines la cajita de terciopelo que llevo semanas escondiendo. He estado esperando el momento perfecto y, de repente, sé que es éste.

Cuando vuelvo a la habitación del bebé, Amanda sigue junto a la cuna, con cara de confusión. "¿Damien? ¿Qué pasa?

Respiro hondo y me arrodillo, abriendo la caja. El anillo de diamantes capta la luz. "Amanda, desde el momento en que te conocí en el bar, has dado un vuelco a mi vida de la mejor manera. Me has dado amor, risas, una familia. Haces que quiera ser un hombre mejor. Te quiero muchísimo y quiero pasar el resto de mi vida demostrándote cuánto".

Ahora le corren lágrimas por la cara, con las manos sobre la boca. El corazón me late tan fuerte que apenas puedo respirar.

"Amanda, mi amor, mi compañera, la madre de mi hijo... ¿quieres casarte conmigo?".

Amanda asiente, una enorme sonrisa se abre paso entre sus lágrimas. "¡Sí, sí, mil veces sí!".

Me tiemblan las manos mientras deslizo el anillo en su dedo. Luego me pongo en pie y la beso profundamente. Me rodea el cuello con los brazos, apretándose contra mí como si no pudiera acercarse lo suficiente.

Cuando por fin nos separamos, los dos estamos sin aliento y mareados. Amanda mira el anillo con asombro. "Es precioso. ¿Cuánto hace que lo tienes?"

Apoyo la frente en la suya. "Semanas. He estado esperando el momento adecuado".

Levanta una ceja y sonríe. "¿Y has decidido que proponérmelo mientras estoy agotada y cubierta de regurgitaciones era el momento adecuado?".

Le acaricio la cara, apartándole las lágrimas. "Nunca me habías parecido tan hermosa, Amanda. Esto, justo aquí -tú, yo, Lily- es todo lo que siempre he querido. Y ahora estás conmigo para siempre".

"Para siempre suena perfecto", susurra, inclinándose para besarme de nuevo.

Su mano se desliza por debajo de mi camisa y sus dedos trazan dibujos en mi piel que me despiertan el deseo. "Sabes... el médico me ha dado el alta para 'actividades'. Quizá debería

darme una ducha y podrías acompañarme".

Siento esa chispa encenderse entre nosotros, ese calor que tanto he echado de menos. Ahora que Lily duerme toda la noche, estoy desesperado por volver a conectar con Amanda, por demostrarle lo mucho que la deseo.

"Tengo una idea mejor", gruño, dejando que mis manos recorran sus curvas, volviendo a aprender cada centímetro de ella.

"¿Ah, sí?" Se burla, tocándome la polla que se me endurece a través del pantalón de chándal. "¿Cuál es tu idea entonces?"

No puedo resistirme más. Reclamo su boca en un beso abrasador, vertiendo en ella cada gramo de amor y anhelo. Se derrite contra mí, suave y flexible entre mis brazos. Redescubro todos los puntos que la hacen jadear y gemir.

"Joder, he echado de menos esto", gimo, perdido en la sensación, el sabor y el olor de ella. "Te he echado de menos. Dúchate, ahora".

Somos todo manos vagabundas y miradas acaloradas mientras corremos hacia el baño, deshaciéndonos de la ropa y riendo entre besos. Me tomo mi tiempo para desnudarla, adorando cada nueva curva y marca de su cuerpo. La maternidad la ha cambiado, pero nunca ha sido tan hermosa para mí.

"Eres tan hermosa", respiro, tragándomela. "Tan condenadamente hermosa".

Se sonroja y tira de mí hacia la ducha, hacia sus brazos. "Tu turno", ronronea, tirando de mis pantalones.

Bajo el chorro caliente, cartografiamos mutuamente nuestros cuerpos, reexplorando y saboreando cada caricia. Cuando tropezamos en la cama, estoy tan empalmado que duele y ella jadea de necesidad.

Cuando por fin me deslizo dentro de ella, los dos gemimos de lo bien que sienta. Ella gime, cerrando las piernas a mi alrededor para atraerme más profundamente. "Te necesito, por favor...". Encontramos fácilmente nuestro ritmo, moviéndonos juntos como si no hubiera pasado el tiempo. La intimidad, la conexión entre nosotros es más fuerte que nunca. Hacer el amor con ella es como volver a casa.

Después, yacemos enredados el uno en el otro, extasiados y saciados. Trazo ociosos dibujos sobre su piel, maravillándome de su suavidad. "Te quiero", murmuro besándole el hombro. "Cada día más".

Se acurruca más, encajando perfectamente contra mí. "Yo también te quiero. Gracias por darme esta vida, esta familia".

Inclino su cara hacia la mía, abrumada por el amor que brilla en sus ojos. "Gracias por arriesgarte conmigo, por creer en nosotros. Incluso cuando era difícil".

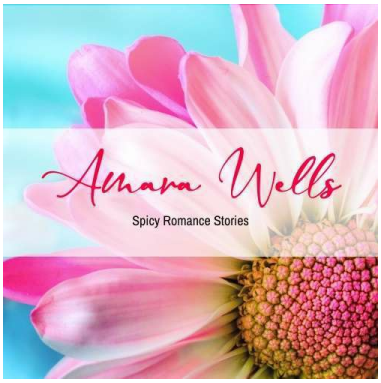
Mientras nos dormimos envueltos el uno en el otro, me asombra lo lejos que hemos llegado. Desde aquel encuentro fortuito en una playa hasta construir una vida y un amor como nunca imaginé... No cambiaría ni un solo momento. Con el anillo de Amanda en el dedo y nuestra preciosa niña en la habitación de al lado, sé que lo mejor está por llegar.

El fin

Sigue mi perfil de Amazon si te ha gustado y quieres que te avise cuando escriba más libros.

Agradezco cualquier valoración o crítica. Gracias.

Sobre Amara Wells



Amara Wells es una apasionada narradora especializada en novelas románticas picantes que traspasan los límites del deseo. Aficionada a explorar lo prohibido, teje historias de amor inesperado, química chisporroteante y drama desgarrador que mantienen a los lectores pasando páginas hasta bien entrada la noche.

Nacida y criada en la costa oeste, Amara se aficionó a las novelas románticas desde muy joven, a menudo cogiéndolas a hurtadillas de la estantería de su madre. Esta temprana fascinación floreció hasta convertirse en una auténtica pasión por escribir sus propias historias picantes con un toque especial.

Sigue su perfil de Amazon para estar al día de sus últimos lanzamientos.